EL PIRATA NEGRO

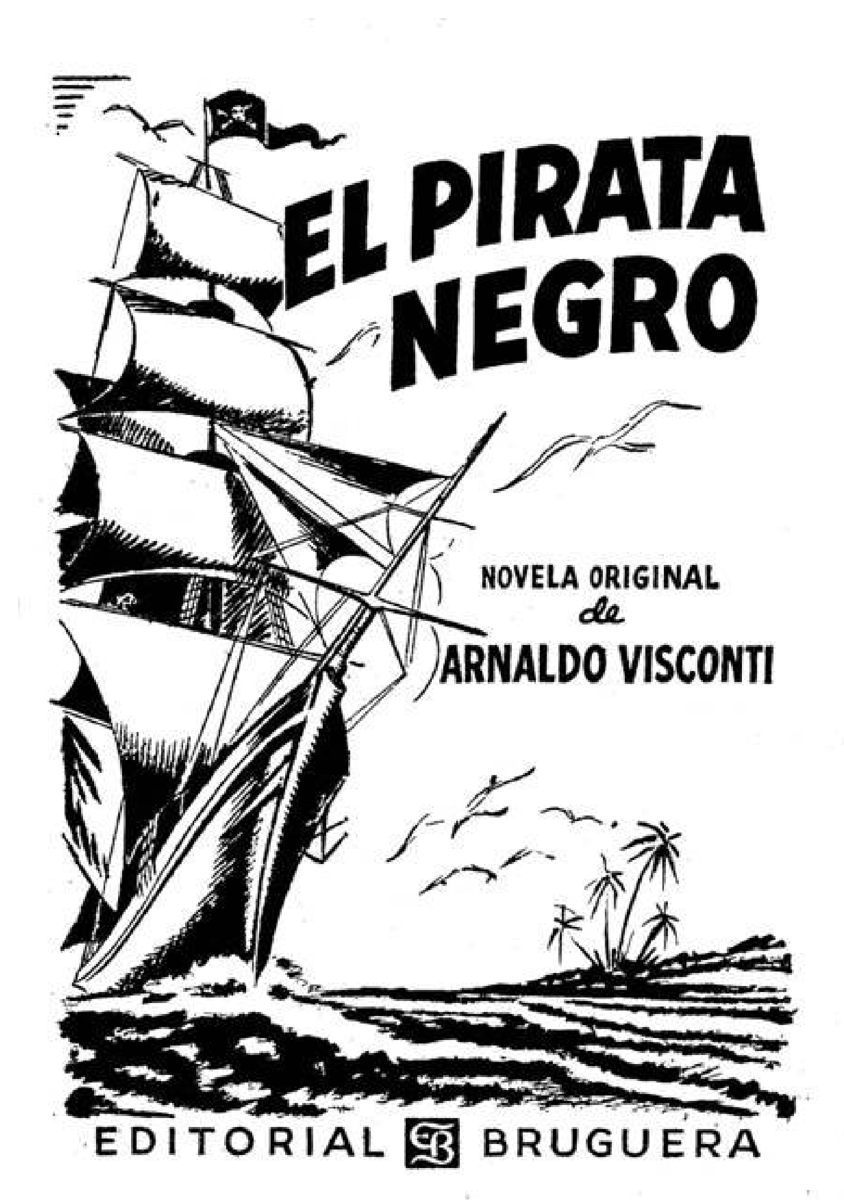
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

PROVENSAL

3'50 PTAS

ARENAS MOVEDIZAS



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Arenas movedizas

Colección El Pirata Negro n.° 79

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


ARENAS
MOVEDIZAS

CAPÍTULO PRIMERO

El precursor de Sherlock Holmes

—¡Anda, gordita! Ánimo, que tienes que demostrar que vales más que muchos mastuerzos: que se creen listos. ¡Sus, “Colasa”!

El que achuchaba a una rolliza perra de lanas que correteaba por un sendero frente a los dos caballos, era un jinete de rostro siniestro surcado de cicatrices.

Tras él, otro jinete, en cuyo rostro vulgar se patentizaba un evidente escepticismo, arguyó:

—Yo seré mastuerzo, “Cien Chirlos”, pero lo que te digo es que tu perra nos va a traer y llevar montes arriba, montes abajo..., y al final encontraremos un conejillo entre matas.

“Cien Chirlos”, ferviente creyente en las cualidades de sabueso aun no demostradas por la perra, produjo un sonido bastante parecido a un bufido antes de contestar:

—Tú eres un ignorante, Rucio. Te crees que los perros sólo sirven para levantar perdices y perseguir conejos.

—Tú ya sabes que yo, al igual que todos los del “Aquilón”, no gustamos de llevarte la contraria...—dijo Lucio Agudo, sinceramente, sin aclarar que no era podazones de convencimiento, sino por temor a la fácil irascibilidad del viejo pirata de puños muy contundentes—. Pero, vamos, no me negarás que esta perra nos está llevando como a ciegos.

—¿De qué, ciegos?—protestó “Cien Chirlos”, dejando oír algo semejante a una risa irónica, aunque sonó como un gruñido—. “Colasa” ve más y mejor con sus dos; pupilas, que tú y yo con nuestros legañosos ojos; ¿te enteras?..

—No quiero insistir, pero... habría mucho de qué hablar.

—Habla, que hoy estoy de buen talante, y, como dice “él”, tengo

no sólo ecuanimidad, sino qué estoy dispuesto a la “controversalia”.

—¡Caspa! ¿Y qué es eso de la “controversalia”?—quiso enterarse, por si acaso, el escamado ayudante del lugarteniente del “Aquilón”.

“Cien Chirlos”, sin perder la vista de su perra, expuso, condescendiente:

—De costumbre, si yo digo que llueve, llueve, y le parto la boca al que me lo niegue, y asunto terminado... Llueve.

—Eso es. Llueve—aceptó presuroso el pirata, aunque el radiante sol deslumbraba.

—Pero cuando se concede el derecho de controversalia”, según me ha enseñado “él”, si yo te digo llueve, tienes derecho a indicarme que caen gotitas, aunque son de sudor.

—Comprendo. Entonces, yo te digo que tu perra será muy maja, muy lustrosa y que te hace muchas zalemas, pero que si ella es la que nos ha de llevar al escondrijo del bandolero que se enmascara con un pañuelo de encajes negros, estamos listos.

—¿No te da pena ser tan bruto, Rucio? Los perros son animales que nos aventajan a nosotros dos, y a todos los demás, en una cosa muy útil. ¿Cómo te lo explicaré para que puedas comprenderlo? Por ejemplo: tú, si hueles a humo, podrás decir que por ahí, cerca hay fuego, pero tus narices no van más allá. En cambio, los perros tienen unas narices que son... muy sensibles. Fantásticamente sensibles.

—Bueno; ¿y qué tienen que ver las narices de tu “Colasa” con esta excursión por el monte, siguiéndola a ella?

—A ti, “él” te nombró mi ayudante para dar con la pista de “Pañuelo Negro”, ¿no? Podría, pues, enviarte al cuerno y no darte explicaciones; pero como resulta que, además de estar de buen temple, quiero que te empapes de lo prodigioso que es un animal de la raza de “Colasa”, entro en pormenores y te concedo la “controversalia”. Nadie sabe quién es “Pañuelo Negro”, y el jefe quiere saberlo, porque supone que es alguien de todos nosotros, o sea, de su familia. El señor Lucientes parecía que tenía una pista de “Pañuelo Negro”. Marchóse, y ha desaparecido. ¿Qué es, pues, lo que hay que hacer? Dar, primero, con el señor Lucientes, porque, dando con él, tendremos pista.

—¡Cualquiera da con el señor Lucientes! A lo mejor le dio la

ventolera por irse a tomar unas copas a París,

—No, que no. Tomó el camino de este monte... y ¡ya ves! “Colasa” signe el mismo camino.

—Pero ¿y eso cómo va a poder ser?

—Siendo, y ahora viene eso de las cualidades prodigiosas de una perra de raza como “Colasa”. Es perra de lanas, manchada de negro, de orejas largas y hocico negrísimo. Huele a millas y leguas. Yo, sabedor de esas cualidades, esta mañana le he dado a oler un jubón del señor Lucientes... Apestaba a vino, sangre y tinta.., ¿Hueles tú a sangre, vino y tinta?

—No. Huelo a prados, a tomillo y a hierba.

—¡Pues ella, no!—declaró triunfante el viejo pirata—. “Colasa” sólo huele a sangre, tinta y vino, y hasta que no dé con el señor Lucientes no parará. Está siguiendo el rastro... ¿comprendes? Olfatea, y va paso a paso, andando los mismos que dio el señor Lucientes.

—Pero, compadre, ¿cómo va a estar, oliendo todo el día a sangre, vino y tinta? El señor Lucientes no apesta tanto...

—Nuestras narices no tienen la finura de las de “Colasa”.

—Pues no cambio yo las mías por las chatas de esta perra tonta, que nos va a estar haciendo dar más vueltas que un ciego alrededor de un palo.

—¡Ojito! — rezongó “Cien Chiros”, asestando una rápida mirada amenazadora a su ayudante—. Ojito, que el derecho de “controversalia” no significa que te me subas a la perra, ¿eh? Aquí no hay más tonto que tú. “Colasa” te da cien vueltas, y. si pudiera hablar, te apabullaría, ¡so ignorante!

—Bueno, don Marcelo, yo hablaba por hablar.

—¡Eso es lo malo! Mejor valdría que todos fuéramos perros, y se dirían, menos sandeces. ¿Eh? ¿Qué pasa, pichona?

La perra acababa de saltar de costado, e, internándose campo atraviesa, corría hacia una mísera choza, tras la que aparecía una corraliza donde pastaban varias cabras.

“Cien Chirlos” picó espuelas siguiendo a la perra y, tras él, Lucio Agudo, agitando la cabeza, como apenado, se dispuso a pasarse el día siguiéndole el humor al lugarteniente del "Aquilón”, que desde que había adoptado a la perra “babeaba de amor”, según expresión del navarro “Pencas”.

“Colasa”, detenida ante la choza, ladró varias veces, y, cuando a su lado desmontó “Cien Chirlos”, cesó de ladrar, para, sentada sobre sus cuartos traseros, alzar la cabeza, con mueca que parecía una risa de satisfacción y de deber cumplido, colgante la lengua colorada.

—¿A qué se ha disfrazado el señor Lucientes para pasar desapercibido? —sugirió Lucio Agudo, desmontando.

—¿Disfrazado de qué?

—De cabra.

Iba el viejo pirata a prorrumpir en poco amables palabras, cuando la puerta de la choza entreabrióse y tímidamente asomó el busto una muchachita de unos dieciocho años.

—A la paz del Señor—saludó, con evidente temor.

“Cien Chirlos” frunció las espesas cejas.

—Hola. ¿Quién vive en tu choza además de tú?

—Mi hermanillo, señor.

—¡Ah!...—Y repentinamente “Cien Chirlos” recuperó su confianza en las dotes olfativas de “Colasa”, cuya cabeza acarició con rudo afecto—. ¿Tu hermanillo puede asomarse?

—¡“Trompetilla”!—llamó la muchacha.

Un adolescente de unos trece años apareció, y, viendo a “Cien Chirlos”, sonrió, dejando de mostrar pavor.

—¿Sois vos, señor?..—dijo incongruentemente, al parecer.

—¡Tú eres el pastorcillo amigo del señor Lucientes!

—Sí.

—¿Por qué no has vuelto a casa del coronel Lezama como solías todas las madrugadas, o al mercado?

—El propio señor Lucientes, a raíz de que yo seguí a un caballero hasta un mesón, sin que el caballero me viera, vino aquí, y nos dijo á mi hermana y a mí que no nos moviéramos ya para nada de la choza hasta que él volviera. Y nos dio veinte doblones, que no los ganamos nosotros ni en un año. Por eso aquí estábamos, dispuestos a no contestar pregunta alguna, como nos aconsejó el señor Lucientes... Pero con vos es diferente, porque vos sois amigo del señor Lucientes.

—Muy bien hablado, chaval. Y, de aquí, ¿dónde fue el señor Lucientes?

—Al mesón.

—¿Qué mesón?

—El solitario, de maese Andrés Cañizares, que está en aquella cumbre, al Norte, a diez leguas de acá. Es un mesón peligroso.

—¿Por qué?

—Porque al Oeste hay las arenas movedizas. Esas que devoran a quien por encima ande. Son traidoras, y nadie se da cuenta hasta que ya es tarde.

—¿Y cómo se llama el mesón?

—No tiene pérdida, señor. Luce pancarta que dice: “Albergue del viajero”.

—Bueno, pues..., volved dentro de vuestra choza, y no contestéis a nadie que os haga preguntas. El señor Lucientes quedará contento de vosotros.

Alejáronse “Cien Chirlos”, que llevaba del cuello a “Colasa”, y Lucio Agudo.

—¿Te das cuenta ahora de quién es “Colasa”?—preguntó, orgulloso, “Cien Chirlos”.

—Sí. Pues era verdad eso que decías.

—¡Para que te enteres y se enteren los otros mastuerzos! Bueno, ahora, oído al parche: a todo galope te vas a llegar a Latacunga, y le dices al jefe que he encontrado la pista de “Pañuelo Negro” y que estoy acechando a buen recaudo en el “Albergue del viajero”, que está junto a las arenas movedizas, en una cumbre, y marcas la orientación. ¿Está claro?

—Clarísimo. ¿Otra orden más?

—Que si te vuelves a reír de “Colasa”, te deslomo. ¡A caballo, y ya estás donde debes estar!

—¿Queda aún “controversalia”?

—Una miaja.

—¿No crees que la “Colasa” siguiendo el rastro, puede volver a ladrar delante del mesón y delatarte?

—Es verdad.

—Puedo llevármela.

—¡No! Yo me las compondré. ¡Galopa!

Cuando ya Lucio Agudo, con su mensaje verbal para el Pirata Negro, estaba lejos, “Cien Chirlos” había encontrado la solución que le permitiera, sin separarse de la perra, evitar que ésta, cumpliendo con su deber, le delatara con ladridos ante el mesón.

Con una correa rodeó el hocico, y en los ojos húmedos y

cariñosos de “Colasa” pareció alentar una luz de comprensión.

—Te das cuenta, ¿verdad, preciosa?

La cola, meneada agitadamente, replicó elocuentemente que su dueña no se consideraba ofendida por haberle cerrado el hocico.

—Vamos, pues, hacia el mesón, reguapa.

Cuando ya se divisaba en la cima de un pequeño altozano, distante diez leguas de la choza de los pastorcillos, un edificio achaparrado ante cuya puerta bailoteaba, impulsada por el viento, una pancarta, “Cien Chirlos” ató las riendas, del caballo a un árbol, en medio de tupida vegetación.

—Quieta y a esperarme, buena moza.

Aprovechando todos los obstáculos para encubrirse llegó “Cien Chirlos” junto al mesón. Por una rendija de la pared posterior de la sala divisó a los dos únicos ocupantes.

Uno, escuálido, que a todas luces pregonaba ser el mesonero, que estaba tras el mostrador. Y otro, alto, corpulento, de castaños cabellos, perilla y mostacho, sentado ante el fuego del hogar.

Éste era el visitante que días antes había sido recibido por el Pirata Negro, y cuyo nombre era Gastón d’Arsonval.

Regresó “Cien Chirlos” al árbol que había elegido, como el más estratégico para divisar cuanto sucediera en los parajes del mesón.

Entre las ramas, semejante a, un pensativo gorila, el lugarteniente del Pirata Negro contempló la lejana llanura al oeste del altozano, donde la tierra parecía un páramo desértico, a partir de unas hondonadas.

Era la comarca de las arenas movedizas, donde nadie podía poner el pie sin ser deglutido por la voraz succión del húmedo suelo.

A la media tarde, una borrasca empezó a soplar. Envolvióse “Cien Chirlos” más prietamente en su capa.

De pronto, agudizó la vista. Un caminante subía el sendero enarenado que conducía al mesón. Pero no era Carlos Lezama.

Era un coloso, abrigado en ancha capa de esclavinas, y cubriendo sus cabellos con tricornio. Alguna ráfaga de viento entreabría su capa, y se divisaban los fulgores de unos botones de oro en una vieja chaqueta de capitán marino.

Entró el desconocido en el mesón..., y escasamente al minuto Gastón d’Arsonval salía, y, como alma que lleva el diablo,

montando a caballo, desaparecía a todo galope hacia el Oeste.

Caía ya el crepúsculo, y “Cien Chirlos” pensó que Gastón d’Arsonval debía haberse vuelto loco, ya que tan temerariamente galopaba hacia las arenas movedizas.

Siguió esperando la llegada del Pirata Negro. Y pasó una hora. Otro jinete se acercó. No era tampoco el Pirata Negro, sino un ágil joven de verdes ojos, luminosos al reflejo de la linterna colgante a la puerta del mesón…

El nuevo viajero, que “Cien Chirlos” ignoraba era Frasco Zarzales, internóse en el mesón.

El crepúsculo cedía el paso a la incipiente noche. La borrasca soplaba con nuevo vigor…

CAPITULO II

Dos nuevos viajeros

En la mansión del coronel Lezama, aquel día de inicios del año 1723, debía ser día de alegría completa, ya que acababa de llegar él hijo ausente durante dos largos años.

Había regresado de Europa Humberto de Ferjus, el marqués violinista, el artista celebrado en todas las cortes europeas.

Y, sin embargo, después de la entrevista con su segundo hijo, el Pirata Negro abrigaba fundados temores de que el afectado petimetre supondría una enojosa complicación en su decidido proyecto de crear un hogar sólido y estable.

Humberto de Ferjus había proclamado su rencor hacia el que un día le fustigó tildándole de cobarde. Había vuelto, proclamando también que no sólo odiaba toda violencia, sino que, además de no saber manejar arma alguna, le complacía que la gente vulgar le considerase un cobarde.

Casi haciendo alarde… Pero, por encima de todo, lo que atosigaba a Lezama era que Humberto, voluntariamente antipático con él y con Cheij, había sido ameno y amable con Gabriela Lucientes, la prometida de Cheij.

Cheij era ya, por obra y arte del amor, y de su absoluta entrega filial, un joven reposado, muy distinto al chacal hirviente de deseos de pelea.

Pero, meditaba Lezama, ¿y si el chacal aprendía que Humberto de Ferjus había confesado que su único amor, su musa inspiradora, era la mujercita de ojos azules, pelirrojos cabellos y manos aladas, pintada en el cuadro que consigo llevaba en su equipaje en todos sus desplazamientos?

El cuadro de Gabriela Lucientes. La posibilidad de una rivalidad

entre los dos hermanos, molestaba íntimamente al Pirata Negro.

Por eso cuando, al mediodía, llegó jadeante y sudoroso Lucio Agudo a comunicarle el mensaje de “Cien Chirlos”, el Pirata Negro casi acogió con alivio la noticia de la posible captura,

Por eso cuando al mediodía, llegó jadeando y sudoroso Lucio Angulo a comunicarle en mensaje de “Cien Chirlos”, el Pirata Negro casi acogió con alivio la noticia de la posible captura, o... cuando menos la revelación de quién era “Pañuelo Negro”

Había jurado que la boda de Cheij Lezama y Gabriela Lucientes no se realizaría hasta que no fuera descubierta la personalidad del misterioso bandolero, que usaba la marca de tres cicatrices formando la letra “F”, y cuyas iniciales de apodo correspondían al suyo.

Por eso, ansioso de encontrar la pista de “Pañuelo Negro”, Carlos Lezama partió a caballo hacia la posada cercana a las arenas movedizas.

Desde una ventana de la casa, Humberto de Ferjus oyó el mensaje de Lucio Agudo.

Una extraña sonrisa dibujóse en sus labios pintados. Y el frunce de sus cejas nada tenía de mentecato petimetre cuando, pensativo, extrajo de su funda un violín.

Cerró la puerta. Tocó unos instantes... Reapareció para anunciar que no deseaba ser molestado por nadie, ya que tenía que “componer”.

Demostró agilidad y destreza corporal de un cuerpo ejercitado, cuando desde la terraza deslizóse al jardín, atravesándolo.

Media hora más tarde, y tomando por atajos, Humberto de Ferjus galopaba a caballo también hacia las arenas movedizas.

Por el camino fue desenrollando una manta que a la grupa llevaba. Y de ella fue extrayendo las negras ropas, y los encajes, que le convertían en “Pañuelo Negro”..., el misterioso bandolero.

Abandonó su caballo al pie del altozano, y, ya entre las sombras de la noche, favorecido por sus tenebrosas ropas, deslizóse hacia la parte posterior del mesón.

* * *

“Cien Chirlos” movióse ligeramente, Sabía que los agudos ojos de su “ídolo” le descubrirían entre el ramaje, más que por visión, por deducción, ya que aquel árbol era el más apropiado para ver sin

ser visto.

Poco después, a su lado, sentábase en la gruesa rama el Pirata Negro.

—Hola, guapetón—habló en voz baja—. La borrasca se lleva muy al Sur nuestras palabras. ¿Qué has visto desde tu nueva posición de pájaro listo?

—Hasta aquí llegó el señor Lucientes hace días. Y aquí estaban cuando yo llegué el mesonero y aquel caballero que, sin ser de Andalucía, dijiste tú que era flamenco.

—¡Ah! El agradable d'Arsonval, genial aventurero de los Países Bajos. Razón tenía en sospechar de él. ¿Qué más?

—A media tarde llegó y entró un gigantón, con capa de espalderas, y bajo ella chaqueta de mar, con botones de oro. Poco después de entrar él, salió de estampía el caballero d'Arsonval, que galopó como si le persiguieran brujas hacia las arenas movedizas, y no le pude ver más que hasta internarse en aquella barranca.

—Yaya... ¿Las arenas movedizas? No llegará hasta ellas, supongo. Esto va muy bien, guapetón. Te felicito a ti y a "Colasa". Posiblemente, las quebraduras aquellas que limitan tierra firme de las arenas movedizas son el lugar donde Frasco Zarzales, y seguramente Gastón d'Arsonval, acuartelan con "Pañuelo Negro". ¿Algo más?

—Hará cosa de media hora entró un tipo exótico, joven, con arete de oro en la oreja, faja roja...

—¡Frasco Zarzales!...—interrumpió Lezama—. Magnífico, viejo. Tenía yo cita pendiente con el mozo. Un simpático capitán de fortuna. Una soberbia espada. Bien; quedamos, pues, que allá dentro sólo hay dos hombres.

—Tres, señor.

—El mesonero no es un hombre. Es una institución. Allá voy, y si sopla demasiado la borrasca, arrímate, pero sin ser visto.

Quedóse "Cien Chirlos" en lo alto, mientras ya, con elasticidad simiesca, el Pirata Negro saltaba hacia abajo;

Agazapado corrió hacia el mesón. Aproximóse, envuelto en las sombras, junto a la ventana.

Y por una rendija vio alrededor de una mesa cercana, al rutilante fuego de leños, a dos hombres.

Uno, ya lo conocía. Era el sevillano Zarzales, que en aquellos

instantes tendía una copa al otro.

Y ese otro… tenía un aspecto extraño. Carlos Lezama era hombre de mar, pero no creía en supersticiones ni leyendas. ¡Y, no obstante, habría jurado que el invitado a beber por Fraseo Zarzales era el propio capitán Kidd!

Vio como de pronto, el coloso sentado ante Zarzales doblaba el busto y se desplomaba de bruces sobre la mesa.

Saltó y, empujando la puerta, penetró en el mesón.

Frasco Zarzales, que estaba sacudiendo por los cabellos al narcotizado inglés misterioso soltó.la cabeza del hombre dormido, y, mirando hacia la puerta, saludó:

—Cuánto honor, conde Ferblanc.

Fuera rugía el viento desencadenado. Cerró Lezama tras sí la puerta y devolvió el saludo de Zarzales.

—Todo el honor para mí, Zarzales. Teníamos cita pendiente.

—Quedaba aún el día de mañana.

—Era tal mi ansiedad por verte, que he sido impaciente. Hay dos puntos que debemos aclarar: si tu espada puede a la mía…

—Con placer resolveremos esto ahora mismo.

—Sin tanta prisa. Si he esperado seis días, puedo esperar seis minutos. Además, Soy tu visitante, Zarzales.

—Cierto. Me alegra verte. ¿Cuál es el segundo punto?

—Eres el brazo derecho de “Pañuelo Negro”. Seguidamente, si mutilo a tu enmascarado, éste tratará de verme…

—Seguramente.

—Te agradecería mucho que te apartaras de la mesa.

—¿Para…?

—Ver el rostro de este borracho.

—No lo está. Duerme.

—Muy profundamente. Te vi verter polvillo del camafeo en su copa.

—Buenos ojos tienes. Santa Lucía te los conserve.

Y Frasco Zarzales, espada en mano, saltó hacia atrás, alejándose de la mesa, donde de bruces aplastábase Jonah Kidd.

Carlos Lezama, cautelosamente y sin dejar de observar al sevillano, asió la cabeza de Kidd por los cabellos, y murmuró:

—¡Tate!… No creo en aparecidos, pero… ¡este mozo es el capitán Kidd!

—Su hijo nada más, Lezama.

—Las preguntas nunca son indiscretas sino las respuestas. ¿Qué hacía contigo el hijo del capitán Kidd?

—Conversar.

—Aquel hombrecillo que debe ser el mesonero, y que acurrucado tras el mostrador parece estar implorando el auxilio del Cielo, podrá intervenir diciendo que jugabais a las prendas.

—Nada sabe. Me teme. Eso es todo.

—Bien, Zarzales. ¿Quieres voluntariamente decirme quién es "Pañuelo Negro"?

—No. Y eso que me eres agradable. Te considero un maestro en todas lides...

—¿También con ésta?

Y el Pirata Negro desenvainó sonriente.

—Eso habrá que demostrarlo. — Y Frasco Zarzales cimbreó la hoja de su espada en el aire. —Recuerda que mucho trabajo te estaba dando allá en el pabellón del virrey.

—Una mujer nos interrumpió. Aquí no se repetirá.

—Ni lo quiero. ¿Libertad de armas, león?

—Todas. Como yo, llevas puñal, espada y pistola. Tienes buenos puños y anchas espaldas. Todo sirve, cachorro.

—No pienso matarte.

—Yo soy más generoso. Me bastará con inutilizarte.

—¡A ello!—proclamó alegremente el audaz espadachín sevillano.

Cargó en tromba, aparentemente con ímpetu desordenado. Pero ya conocía el arte de profundo dominio de la espada adversaria.

El Pirata Negro paró con el mismo ímpetu. Veía que su oponente buscaba resquicio para el puñal que esgrimía en la zurda.

Tras el mostrador, Andrés Cañizares, tembloroso y al borde del desvanecimiento, seguía con ojos desorbitados el violento duelo.

En el exterior, aplicado el rostro contra una ventana por entre cuyos maderos divisaba la sala, "Cien Chirlos" presenciaba también complacido la alegre ferocidad de aquel combate.

Y por su enajenada satisfacción viendo pelear a su "ídolo", olvidó su eterna cautela.

A sus espaldas, una negra silueta iba acercándose, y antes de que el viejo pirata pudiera tener noción de nada, un equilibrado y bien

medido golpe en la base del cráneo le privó de sentido.

Cayó cuan largo era, y, con gestos mesurados y hábiles, Humberto de Ferjus, “Pañuelo Negro” procedió a atar y amordazar al pirata, empleando las mismas cordezuelas y la faja de "Cien Chirlos”.

Tras del mostrador, el mesonero se tambaleó de pronto, dobláronse sus rodillas y quedó alelado, sostenido por el borde del mueble...

Una de las compuertas de la ventana abríase sigilosamente... Entró una bocanada de huracanado aire.

Y, acaloradas por el combate, el Piraba.Negro y Frasco Zarzales no vieron la fúnebre aparición de una figura vestida enteramente de negro, con flotantes crespones, cuya cabeza estaba envuelta totalmente en negro pañuelo de tupidos encajes.

Otra ráfaga de aire, antes de que el enmascarado Humberto de Ferjus cerrara la ventana, alertó al Pirata Negro.

Y su pausa, empujando hada atrás al sevillano, detuvo también a éste. Ambos miraron la negra figura, que con voz opaca saludó:

—Aquí estoy, conde Ferblanc. Tengo entendido que manifiestas un gran deseo de conocerme.

Frasco Zarzales, significativamente alejóse de su reciente adversario. Besó los dos aceros antes de envainarles.

—Daga y espada quietas, conde Ferblanc. Tenemos tiempo. Ahora, “Pañuelo Negro” decidirá si hemos de seguir la lucha aquí o dejarla para mejor ocasión.

Carlos Lezama alzó sus dos armas blancas.

—Por fin tengo el placer de verte, “Pañuelo Negro”. ¿Puedo aspirar al honor de intentar rasgar tu pañuelo de encajes?

—Somos dos contra ti, conde Ferblanc. ¿Quién guarda tus espaldas?

—Nadie, Me sobro yo solo.

—Mucha soberbia... ¿Te has detenido a pensar que para mí pudiera constituir el máximo galardón que, la gente que te admira, me admirara por rechazo, al saber qué, teniéndote preso, te dejé en libertad

—Libre estoy. Y es tal mi deseo de saber quién eres, que puedo asegurarte que vuestras dos espadas juntas poco serán.

Y, saltando de costado, el Pirata Negro adosóse contra la pared,

mientras Frasco Zarzales, envainadas las armas, acercábase junto al enmascarado “violinista aristócrata”.

—El mejor combate de mi vida—rió el Pirata Negro—. Contra un capitán de fortuna, simpático y valiente, y contra, un misterioso bandolero romántico, al cual admiro, pero que me quitaba el sueño. ¿Preparados amigos?

Frasco Zarzales ostentaba una expresión divertida. La lucha y los avatares de la existencia constituían para él la sal de la vida. Y meditaba que era sin igual aquella situación de un padre e un hijo enfrentándose, ignorando el mayor que la espada que ahora brillaba en las expertas manos del que para todos era un cobarde, era manejada por quien, bajo la máscara del pañuelo de encajes, estaba deseoso de demostrar su pericia.

Pero también, pese a la seguridad que Zarzales tenía en su propio discípulo, no por eso olvidaba que el Piral a Negro poseía mayor fuerza y experiencia que Humberto de Ferjus.

Permaneció, pues, vigilante y dispuesto a intervenir..., siendo tan clara su intención, que Carlos Lezama burlonamente manifestó:

—Podría ser caballerosidad la que te hace presenciar nuestra próxima toma de contacto a tu jefe y a mí, Zarzales. Pero también puede ser algo parecido al hecho histórico del caballero francés, auxiliar de Enrique de Trastamara: "Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor...”. Frase que costó la vida a Don Pedro, el por unos llamado “Cruel” y, por otros, “ Justiciero”.

Y alegremente rió el Pirata Negro, siempre en alto espada y daga.

—Demostrada mi cultura histórica, ¿te parece, enmascarado, que pasemos a otra lección?

—Deseoso estoy de demostrarte que, espada en mano, puedo hacerte frente a ti, el perdonavidas, la espada invencible y feroz...

—¡Que no, que no!...—rió Lezama— Como a Don Pedro, también se me califica el acero de dos modos: justiciera espada para los más, feroz para los que así lo merecen.

Prolongaba Lezama la charla peligrosa, para tratar de escudriñar los rasgos encubiertos del enmascarado.

Pero la tupida red de encajes del pañuelo ceñido hacía imposible reconocimiento alguno, dificultándolo aún más que cualquier máscara vulgar o antifaz.

Los arabescos de los encajes creaban sombras engañadoras..., y Humberto de Ferjus, seguro de la imposibilidad do ser reconocido por su padre, cruzadas las enguantadas manos sobre la guarda de su espada, distante tres pasos del “león plateado”, alardeó:

—Cuanto más pienso en ello, tanto más me place la idea de hacerte prisionero, para que luego, libre, proclames tú mismo, si no con gusto, sí con afán de revancha, que te di libertad.

—Cien pájaros volaban—rió Lezama—y ninguno cacé. Pero, además, ¿es que tenemos tú y yo enemistad alguna?

—No. Quizá tan sólo un mutuo desconocimiento.

—¿Mutuo? Cara descubierta me ves.

—Me refiero a nuestro carácter.

—Trataré de empezar a reconocerte, por medio de ésta—y agitó Lezama la espada—. Y, antes de atacarte, ¿puedo saber qué suerte ha corrido mi amigo Lucientes, que tras ti iba?

—A buen recaudo está. Es imprudente, pero ningún mal recibirá. Cuando me interese revelarte mi identidad, entonces... Lucientes quedará libre.



...Te cansarás, enmascarado...

—Mandón eres, y de todo y todos dispones, enmascarado. Te

fortalece la presencia de ese agradable espadachín sevillano, ¿no? Veamos si con armas hablas tan seguro...

Y rápidamente el Pirata Negro, sin perder de vista a Zarzales, maniobró de forma en que su ataque contra "Pañuelo Negro" le hiciera presentar frente al sevillano.

Humberto de Ferjus, aventajado discípulo durante dos años de rudo ejercicio diario con Frasco Zarzales y Gastón d'Arsonval, era un temible esgrimista.

Su estilo era ambiguo, solapado, más sutil que recio. Por unos instantes detuvo con maestría la serie de estocadas y punterazos que en tanteo le asestó Lezama.

Frasco Zarzales, presto a intervenir, contemplaba el duelo entre el padre y el hijo, que, enmascarado, defendíase con científica destreza.

—Buena espada — comentó Lezama, mientras enlazaba y tanteaba el acero adversario—. ¿Le diste tú lecciones, Zarzales?

—A orgullo lo tengo—replicó jovialmente el aludido.

—Poco brazo—siguió comentando el Pirata Negro—. Largo, pero no férreo. Te cansarás, enmascarado... ¡Para ésta! ¡Cuidado, cubre el flanco!... ¡Tercia, bandolero! ¡Aguanta al sesgo, valiente!...

Fue Humberto retrocediendo hacia el hogar, acosado por las violentas acometidas de su padre. Y de pronto, Frasco Zarzales, cuando vio al enmascarado adosado contra el arco de la chimenea intervino presto, presentando sus dos armas...

—¡Gran honor!... — rió Lezama—. ¡Has adivinado que tu cabecilla, aunque buena espada, no puede conmigo! ¡Ni vais a poder los dos!...

El triple entrechocar de las armas, cabrilleando al reflejo.de las llamas del hogar, daba al Pirata Negro mayor fiereza, en sus saltos y en sus persistentes ataques...

Frasco Zarzales cubría la mayor parte del combate, esgrimiendo sabiamente daga y espada... Humberto de Ferjus limitábase a hostigar lateralmente a su padre...

Y, de pronto, los tres detuviéronse como paralizados por repentina e inesperada sorpresa.

El coloso que semejaba dormir de bruces sobre la cercana mesa, acababa de erguirse en un salto, y sus dos manazas, asiendo larga correa, la lanzaron rodeando el busto y los brazos del Pirata Negro.

Y el traidor ataque por la espalda fue seguido de un brutal tirón, en que, aplicando un pie sobre los riñones del Pirata Negro, Jonah Kidd, el hijo del famoso pirata ajusticiado, formaba torcida, sujetando los dos ganchos remates de la correa, inmovilizando el busto y los brazos de Lezama.,

Con risotada homérica, Jonah Kidd, tras el Pirata Negro, gruñó:

—“Ni quito ni pongo rey…”, pero ayudo a los que pueden ayudarme.

CAPÍTULO III

Los espíritus vengadores

—Si estoy asustado, quiero que vos comprendáis las razones..

El que así hablaba, un corpulento individuo de ojos saltones, hallábase sentado en un escabel, al otro lado de un rastrillo, tras el que un pelirrojo, también sentado, le escuchaba atentamente.

Prosiguió Gastón d'Arsonval:

—Cuando elegí esta gruta para escondrijo de "Pañuelo Negro", hice caso omiso de las narraciones que circulan acerca de los espíritus vengadores, que guardan los tesoros del capitán Kidd. Pero ahora, que acabo de ver al capitán Kidd con mis propios ojos…, esta gruta me impone respeto.

—Más a mí, que prisionero estoy, d'Arsonval. Pero ya que Frasco Zarzales ha partido al mesón para entendérselas con él espíritu o el cuerpo del capitán Kidd, confiemos en que este pánico que compartimos, dado el ambiente, se desvanecerá.

"El ambiente" era la larga gruta subterránea en la cual se hallaban los dos aventureros. Los reflejos de la linterna conferían satánicos resplandores a los castaños cabellos de d'Arsonval, el cual, atusándose nerviosamente la perilla y el mostacho, miró en su rededor.

—Contra todo lucho sin temor. Pero… ¿y si bajo este suelo alienta uno de los espíritus vengadores que se manifestaron en Cape Cod? La cercanía del capitán Kidd así me lo hace suponer… ¿Por qué os reís, Lucientes?

—Río para asustar al miedo, d'Arsonval. Es que tenéis una manera de susurrar que aspavienta.

—Es que estoy recordando la desgraciada historia de los esposos Stout, de Cape Cod.

—¿Les atacó el espíritu vengador del capitán Kidd?

—Sí.

—Bueno, tranquilizaos. Vos y yo no somos casados.

—No os burléis. Atrae la ira de los fantasmas.

—Parece mentira que un hombrachón como vos crea en estos cuentos de miedo.

—Yos sudáis.

—El pánico es libre… y contagioso.

Y creo que será mejor que, mientras regresa Zarzales, me contéis el cuento ese de brujas. Lo prefiero al silencio, poblado siempre de ruidos raros, y más en esta desértica y fúnebre comarca de las arenas movedizas.

Gastón d'Arsonval lo prefirió también, y narró la historia que todos los marinos de Cape Cod relatan como verídica.

Un joven carpintero, Abner Stout, acostumbraba realizar paseos nocturnos en la playa, con su esposa Mary. Pobres eran ambos, pero se amaban intensamente y el buen oro de su cariño alcanzaba para asegurarles una feliz existencia.

Una noche los esposos treparon a un escarpado-peñasco, cubierto de arbustos espinosos, aj que los naturales conocían con el nombre de Pico Negro.

Desde la plazoleta de la cima se divisaba la amplia negrura del océano en toda su majestad. Mary tendió la vista a lo lejos, pero el joven Abner creyó oír un sordo rumor de maderas, lona y sogas al pie de la roca.

Miró hacia abajo, y un estremecimiento de terror le sacudió.

—Mira, Mary…—murmuró—. Allí, abajo, ¿ves?..

—¿Qué, Abner?

—Una goleta.

En efecto, allí estaba, claramente detenida en la luz de una luna blanquísima, una embarcación obscura y siniestra de erguidos mástiles. Las velas estaban arrolladas y el navío se balanceaba suavemente con la exacta apariencia de estar anclado.

—Esto es rarísimo…—susurró Abner Stout, que se encontraba estupefacto—. Mira tú en qué bahía de mala muerte quiere recalar una goleta tan imponente. No hay navío ni grande ni pequeño que tenga algo que hacer al pie del Pico Negro. A tres millas está el puerto. Allí acuden todos los buques mercantes, hasta las canoas del

pescador más insignificante. ¿De quién es esta goleta y qué diantres estará buscando por aquí?..

En este instante comenzó a soplar el viento, y sobre los aparejos flameó una bandera negra. Ya no era posible dudar.

—¡Un barco pirata!—dijo Abner, en voz baja y estremecida—. ¡Échate de bruces, Mary!

Ambos se arrojaron a tierra y apartaron los arbustos con las manos para vigilar los extraños movimientos de aquella tripulación fantástica. Sobre cubierta, sombras silenciosas y activas se agitaban en un inconfundible trajín.

Después, del costado de la goleta, desprendieron un bote cargado de hombres que remaban rápidamente.

—¡Abner!—musitó, empavorecida, la joven esposa—. ¡Llegarán cerca de nosotros! ¡Escapemos ya!

Se había incorporado, pero el hombre la retuvo de un brazo y la obligó a agazaparse de nuevo.

—No hagas tonterías...—díjole, por lo bajo—.¡Quédate quieta! Si echamos a correr nos verán, y puedes tú imaginarte lo que harían con nosotros si nos descubrieran. El Pico Negro es alto y hasta aquí no llegarán. No te muevas y no temas. Nada nos ocurrirá.

Casi reteniendo la respiración, el corazón saltándole dentro del pecho, los ojos dilatados de curiosidad y de espanto, Mary y Abner contemplaron las evoluciones del bote pirata que se acercaba a la costa.

—He contado diez—murmuró Stout. —¡Son diez hombres de remo y uno sentado a la proa!

—Será el jefe.

—Llevan una carga muy pesada;

—¿Un tesoro?..

—Quizá.

Por un instante la ambición femenina de Mary se sobrepuso al profundo miedo que la invadía.

—¡Abner!—susurró, oprimiéndole el brazo—. ¡Un tesoro! Si nosotros pudiéramos...

Ni uno ni otro agregaron una palabra, pero ya se habían comprendido perfectamente. Ahora su mirada ansiosa perseguía con avidez el camino que el bote pirata abría en las negras aguas de la bahía.

Luego llegó a la orilla, y sus once tripulantes saltaron a tierra. Su aspecto era inconfundible. Se trataba de auténticos filibusteros. Traían grandes sables y pistolas atravesadas en las anchas fajas de colores.

Tenían los pantalones desgarrados y sueltos. No pocos iban descalzos y las camisas de burda tela se abrían sobre los pechos fuertes y velludos.

Aquellos rostros barbudos y hoscos, a menudo surcados por gruesas cicatrices, reflejaban confianza en las propias fuerzas, insolencia y absoluta falta de piedad.

Uno de ellos, el jefe, el que estaba sentado en la proa, era un verdadero coloso, alto y atlético, de hombros hercúleos y apostura admirable aun dentro de su brutalidad.

Vestía traje de buen paño y cortado elegantemente, con anchas solapas y botones de oro, y usaba un sombrero de tres cuernos ladeado sobre su frente...

—¡El capitán Kidd!—murmuró Abner Stout, persignándose—. Así lo han descrito siempre. La estatura, los hombros, los botones de oro. ¡Es él, May es él!

—Sí—replicó ella, en un susurro—. ¡Es el capitán Kidd!

Ahora, los diez piratas estaban de pie en la playa y esperaban, evidentemente, órdenes de su jefe. Éste observó la playa, los peñascos, el bosquecillo cercano, el cielo magnífico atravesado de estrellas...

Giró una y otra vez, dio grandes zancadas, se acarició la recia mandíbula y luego ordenó con palabras que llegaron deformadas e ininteligibles hasta la plazoleta del Pico Negro.

Los tripulantes regresaron al bote, y el capitán Kidd enderezó sus pasos hacia un gran pino tronchado que se encontraba a apreciable distancia del agua, un viejo árbol maltratado por las tormentas, pero vigoroso aun.

El filibustero apoyó en el tronco sus fornidas espaldas, cruzó los brazos sobre el pecho y miró al cielo.

Era evidente que el pirata buscaba una estrella para orientarse. Abner Stout advirtió la maniobra y procuró descubrir en qué estrella clavaba sus ojos el capitán Kidd.

Pocas había en el cielo, porque la luna resplandecía con brillantez inusitada, pero una de ellas ardía con una luz distinta y

especial. Con los ojos fijos en esa estrella, el capitán pirata avanzó a grandes pasos. Abner Stout los contaba, murmurando:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

Siete largas zancadas, y se detuvo, hundió el tacón de su bota derecha en el blando suelo, y giró en ángulo recto hacia la izquierda.

Ahora sus espaldas estaban paralelas con una línea imaginaria que se hubiera tirado entre el pino y la estrella. En ángulo recto con esta línea, otra vez avanzó Kidd hacia adelante, y otra vez Abner Stout enumeró, murmurando, los trancos del pirata:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

Luego volvió a detenerse y a clavar el tacón en la tierra humedecida por el relente. Entonces agitó los brazos y llamó a su gente.

Los piratas saltaron del bote y corrieron hacia el capitán Kidd, transportando palas y picos sobre los hombros. El jefe señaló un punto del suelo con el índice, y dijo:

—Aquí.

Los tripulantes, de la goleta cavaron afanosamente. Poco tardaron en abrir una fosa tan profunda, que desaparecían íntegros en ella, y los esposos Stout sólo advertían el rápido ir y venir de las palas que arrojaban la tierra afuera.

Sobre el borde de la excavación, el capitán Kidd, inmóvil y gigantesco, contemplaba la labor de sus hombres. Luego dio una orden, y éstos abandonaron la fosa y regresaron al bote, corriendo pesadamente sobre la fría y dorada arena de la playa.

—Acuden a buscar sus tesoros...— dijo Abner Stout, lleno de excitación. —¡Ahora van a desembarcarlos y los sepultarán luego! ¡Tú verás como los entierran!...

Durante media hora los piratas trabajaron fatigosamente, transportando desde el bote hasta el hoyo grandes cajones guarnecidos y bolsas de lona embreada para impermeabilizarla.

Cuando hubieron almacenado toda su valiosa mercancía, se procedió a una ceremonia curiosa y significativa. Los hombres de la tripulación abandonaron la fosa y permanecieron de pie, esperando cierta actitud del jefe, actitud que no tardó en llegar.

El capitán Kidd cortó una rama del viejo pino, y luego, con golpes secos, la dividió en diez partes. Hizo con estas un hacecillo,

lo apretó en un puño y luego sus tripulantes desfilaron frente a él, retirando cada uno de ellos una varita.

—¿Qué hacen?.. — preguntó Mary Stout, por lo bajo—. No lo entiendo.

—Yo, sí. ¡Están echando a suertes! Ahora, elegirán a uno de ellos. Ya lo verás.

—¿Lo elegirán para qué?

—Ya lo sabrás, Mary. Espera, y lo sabrás.

Había empezado a cumplirse el rito filibustero del espíritu vigilante. Un pirata debía ser sepultado en el hoyo, frente al viejo pino tronchado.

En efecto, uno de los piratas retiró un trozo de rama más grande o más pequeño que los otros. Se le vio llevarse ambas manos al rostro con un significativo ademán de desesperación.

Pronto se rehízo, cruzó los brazos sobre el varonil pecho y avanzó varios pasos hasta detenerse al borde de la fosa. La voz del capitán Kidd percibióse ahora, vibrante y metálica. Sólo dijo una palabra, un monosílabo que bastaba para segar una vida:

—¡Ya!

El aire obscuro de la noche fue atravesado por un fulgor plateado. Un sable manejado con vigor había caído sobre la nuca del filibustero elegido por la mala suerte.

Hubo un alarido de dolor, un escalofriante grito que resonó pavorosamente en el aterrado corazón de Mary Stout, y el hombre sacrificado cayó dentro del hoyo.

Inmediatamente los piratas arrojaron sobre el caído cajas y fardos, rellenaron la huesa con la tierra recién extraída, y pronto ésta quedó cubierta, en el mismo nivel de la superficie circundante.

Desde luego, toda la tierra o arena excavada no cabía ya en el hoyo, ahora ocupado por los fardos del botín y el cuerpo de un hombre.

Pero los filibusteros del capitán Kidd eran hombres experimentados y sabían cómo hacer las cosas. Cargaron la tierra en palas y la arrojaron al mar, y luego alisaron cuidadosamente el terreno y distribuyeron sobre él ramas, hojas secas o pequeñas piedras.

El ojo más sagaz no hubiera descubierto signo alguno de irregularidad. La fosa quedaba perfectamente disimulada, y sólo

testigos presenciales, como los esposos Stout, hubieran dado fe de cuanto acababa de cometerse.

Enseguida dio Kidd una orden, los piratas embarcaron en el bote, regresaron a la goleta y desplegaron con velocidad las velas recosidas y obscuras.

Pronto las recias lonas se atirantaron urgidas por el fuerte viento que atravesaba la bahía, la goleta movióse torpemente, zarpó y no tardó en desaparecer sobre las obscuras aguas, con su bandera negra ondulando en el mástil.

—¡Ahora, corramos!—gimió la linda y aterrada Mary—. Ya se han marchado. ¡Vamos, Abner! Escapemos ya.

Los jóvenes esposos se tomaron de la mano, descendieron rápidamente del Pico Negro y huyeron hacia el pueblo, como si los persiguiesen.

Llegó el nuevo día, y con él nuevo día un nuevo Abner Stout.

—¿Qué tienes, Abner?—le preguntó Mary, cariñosamente.

—Nada.

—No, nada no. Tú tienes algo. Siempre estabas contento, siempre dispuesto al trabajo, y mira ahora: ni sonríes ni tomas el martillo. He visto en la calle a la señora Morrison y me ha dicho cuándo le terminarás la banqueta que te ha encargado.

—Después, después.

—Es que la necesita ahora.

—¡Pues ahora no podré terminarla!

—¿Por qué?

Mary comprendía perfectamente por qué. Las escenas atisbadas durante la noche anterior hervían en su memoria... y en la memoria del marido también.

Durante largas horas Abner Stout permaneció inmóvil, sin tocar una gubia, una garlopa, un pitón. Miraba el cielo y sus labios se movían casi obsesivamente, repitiendo como un murmullo de locura aquellos números que contaban los pasos del capitán Kidd.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

Luego cambiaba de posición en su asiento y volvía a repetir las cifras. Mary entendía, Mary no preguntaba por.qué. Y tampoco preguntó por qué cuando el carpintero descendió las escaleras que llevaban al sótano de su casa y comenzó a deshacerse de los trastos viejos que ocupaban éste. Antes bien, lo ayudó.

Comprendía para qué era necesario despejar el sótano de todo impedimento. Acaso poco tardarían en descansar allí los ricos tesoros que ahora yacían junto al viejo pino maltratado, bajo el signo de aquella luminaria resplandeciente.

Cuando la fría habitación estuvo libre, Abner Stout avanzó hacia la bella Mary, tomóla de los brazos, la miró a los ojos, lleno de resolución y cariño, y díjole:

—Mary, hemos sido felices, aunque hemos sido pobres. Pero tú te mereces una vida distinta, y yo sueño dártela. Sabes ya lo que quiero decir. La goleta se halla en alta mar, y sólo tú y yo sabemos que Kidd enterró un tesoro.

—Un tesoro... y un hombre.

Temblaba la linda vocecita de Mary. Sus ojos decían todo, aunque sus palabras hubieran dicho nada más que:

—Un tesoro... y un hombre.

Abner Stout interpretó aquella reticencia. Poco costaría echarse un pico al hombro y luego descargarlo repetidamente sobre la fosa rellenada.

Poco o mucho, tal vez. Pero, de todas maneras, se trataba de un esfuerzo puramente muscular, facilitado por la ambición fanática de echarle mano a las sedas y a las piedras preciosas... y más allá de la simple fatiga corporal se agazapaba y vibraba el miedo.

Abner debía desenterrar a un hombre muerto, y para eso era preciso endurecer el corazón en un arrebato supremo.

—Mary, vida mía...—dijo Abner, con voz que temblaba ligeramente—. Será necesario proveerse de un coraje casi desesperado. Pero piensa que haremos una obra de ben. Aunque ese hombre haya sido en vida un asesino, merece una sepultura cristiana que tú y yo no podremos dar.

—¿Enterrarlo, Abner? ¿Que tú y yo le...?

—Calla. ¿Para qué vas a inventar problemas antes de que los problemas lleguen? No pienses en ello. Piensa únicamente en la gran oportunidad que se nos presenta. Así, aserrando madera, seremos un par de enamorados miserables. El amor es bello, desde luego. Pero el amor abonado por la riqueza, mucho más.

Mary cerró los ojos, pálida como la muerte, y asintió con la cabeza. Aquella noche cenaron desganadamente y en silencio. Cuando el viejo reloj de la iglesia vecina dejó caer con pesadumbre

las campanadas de la media noche, los jóvenes esposos se dispusieron a emprender aquella aventura, cuyos tremendos alcances estaban tan lejos de imaginar.

—Tomemos cada uno una pala y yo llevaré un balde. Daremos una vuelta por la paya, y quien nos vea supondrá que hemos ido a buscar piedras raras o moluscos.

—Abner, Abner... ¿Y tú crees que tenemos derecho?

—Naturalmente que sí. Aquel botín no pertenece a los piratas. Ellos le han hurtado, hoy un poco por aquí, mañana otro poco allá. ¿No conoces tú las leyes del rescate? Quien encuentra un tesoro escondido por estas malas gentes, se apodera de él, y ya está. Le pertenece legalmente. ¡Te digo que tenemos derecho! Quítate esos tontos escrúpulos, piensa en la maravillosa vida que nos espera y sígueme.

"¡La maravillosa vida que nos espera!"

No podía el desventurado Abner Stout presentir dentro de qué fantasía alucinada y macabra comenzaba a precipitarse. La catástrofe le rondaba aquella noche.

Abandonaron la casa en rápida carrera. Llevaban tanta prisa, que no podían caminar. En vano pretendían moderar sus pasos. El corazón palpitaba vertiginosamente y las piernas de los jóvenes esposos obedecían el precipitado ritmo de sus latidos.

Pronto arribaron a la pelada plazoleta del Pico Negro, descendieron la pendiente que les conducía a la playa y se detuvieron jadeantes, casi sin aliento, a pocas yardas del árbol maltrecho.

Entonces Abner Stout apoyóse de espaldas en el pino, así como lo hiciera la noche antes el gigantesco capitán Kidd, y luego buscó en el cielo la estrella bajo cuyo signo procediera el pirata.

—¿A qué estrella crees tú que miró, Mary?—dijo—. Hay una resplandeciente abajo, y luego hay otra, algo más arriba y más hacia la derecha, pero luce más débilmente. Dime, ¿cuál crees tú que será?

—La más brillante, pienso...—respondió la joven.

Abner Stout clavó su mirada en la estrella más luminosa de la noche, y luego reprodujo, en sus menores detalles los movimientos del jefe pirata.

—Siete pasos, el ángulo recto... ¡aquí es!

Detúvose, llamó a Mary, y ambos comenzaron a cavar. Al cabo de diez minutos, las palas chocaron ásperamente sobro la roca.

—¡Éste no es el lugar!—dijo Abner, desilusionado—. Me he equivocado y debo empezar otra vez. Evidentemente no he mirado a la estrella que correspondía. Probaré con otra.

Durante largas horas, Abner Stout elegía sucesivas estrellas, tomaba las medidas, recorría los caminos del pirata, cavaba... ¡y no era allí, no era allí tampoco!

Ya sus brazos le pesaban como si fueran de plomo, la cintura le dolía y copioso sudor empapaba sus miembros y su frente; pero no quería darse por vencido, y cavaba con frenesí, allá, en este sitio, en el otro, sin encontrar nada más que dura piedra, las raíces nudosas y entrelazadas de los viejos árboles, la cueva de un gazapo o de una culebra que huía silbando amenazadoramente.

Una vez, un gran lagarto de las islas escapó entre dos paladas, cubierta de tierra, y Mary lanzó un grito de espanto que el eco deformó caprichosamente. ¡Nada, era inútil insistir!

Luego llegaron las luces rosadas del nuevo día, y los esposos, desencantados, con el cuerpo molido y el alma llena de amargura, regresaron a la pobre casa, ahora más pobre que nunca, al humilde taller del ebanista, al conocido y monótono espectáculo del las herramientas insufribles, al sótano vacío, a toda aquella estrechez antes tolerada con sonrisa placentera de modesta felicidad, y ahora contemplada con acre desilusión.

Se acostaron abrumados por la fatiga. Durmieron malamente, agitados por ideas ambiciosas y desmesuradas. En vano golpearon a la puerta del carpintero, en vano la señora Morrison acudió a reclamar su banqueta de cedro lustrado.

Los esposos Stout despertaron al mediodía, con la boca seca y los brazos devorados por un hormigueo insoportable. Pero en los ojos todavía pesados de Mary brillaba una mirada de optimismo.

—Abner...—le dijo—. Tú eres mucho más bajo que aquel hombre.

—¿Qué hombre?

—El capitán Kidd.

—¿Y con eso qué quieres decirme?

—Que Kidd era poco menos que un gigante y daba aquellos pasos desmesurados. Siete de sus zancadas equivalen quién sabe a

cuántas de las tuyas. Eso ha ocurrido. Miraste bien la estrella, desde luego. Era la primera, querido mío, la más grande, la más brillante. Pero tus pasos fueron cortos. Mira lo que te digo, Abner. Ésa fue la razón.

Otra vez la esperanza se agitó en el espíritu del ebanista. Aguardó la noche, cantando alegremente. Púsose al trabajo lleno de ilusiones, y atardecía, cuando la señora Morrison recibió una banqueta primorosa, digna de los más hábiles mueblistas de París. Era casi una obra maestra.

La última que realizaría en su vida el infortunado Abner Stout.

A la medianoche recogieron sus palas, un farol, el balde y se dirigieron a la ruta del pino marchito. Movía los follajes un áspero viento de borrasca y el cielo estaba obscuro, pero la estrella del pirata no habla perdido su fulgor.

La miró Abner, y luego reprodujo las evolucionas de Kidd, pero agregando a cada paso de los suyos el excedente probable. Y después, con relavado vigor, empezó a excavar.

¡Qué música a la vez dichosa y trémula de espanto cantó en su corazón cuando la pala chocó contra la superficie bombeada y herrada de un cofre!

Mary se llevó las manos al pecho. Se ahogaba. Abner venció su emoción y volvió a mover la pala con frenético vigor. Ella lo detuvo.

—¡Abner! — murmuró—. Ese hombre.,. ¡Ese hombre está ahí! No me atrevo á verlo.

—Vuélvete de espaldas... — jadeó Stout entre dos paladas vigorosas y rápidas, de nervioso frenesí—. Yo le arrastraré fuera y tú me ayudarás a cargar las bolsas cuando le haya sepultado cerca de aquí.

Mary obedeció, volvióse de espaldas a la fosa, y mientras Abner hundía la herramienta en la tierra ablandada, cubrióse la cara con las manos y esperó.

Acaso rezaba.

Por encima de sus cabezas, las negras copas de los árboles se movían sonoramente, y la tormenta estaba próxima a estallar. Los golpes de la pala al chocar contra las cajas, las maderas o el metal de las monedas apiladas, resonaban en el corazón de Mary.

De pronto dejó de oírse el trajín del ebanista, pero sí oyóse su

voz, agitada por el cansancio, el estupor y la emoción, que decía:

—Mary, no está.

La mujer giró sobre sí misma, sor-prendida.

—¿Qué no está? ¿No está quién?

—¡El pirata joven, el que habían enterrado en la fosa! ¡Te digo que no está!

—No puede ser, Abner. ¡Yo le vi, le vimos los dos!

Sí, lo habían visto..., pero el pirata de la mala suerte, el que fuera elegido para el sacrificio por la varita más corta o más larga del capitán Kidd, y precipitado sobre los fardos en el interior de la huesa, ya no estaba allí.

En vano, los jóvenes, estupefactos, quisieron encontrar una explicación racional de aquel descabellado suceso.

—¿Es que no habrá muerto?—dijo Mary, llena de miedo—. ¡Acaso estuviera vivo y escapó!

—No, no..., ¡eso es imposible! Un hombre no puede resistir sobre sí fardos, piedras, una masa de arena que filtraría en sus ojos, sus oídos, sus narices, asfixiándolo.

—No puede resistirlo durante mucho tiempo, pero acaso pudo emerger cuando los piratas se marcharon.

—¿Y el golpe del sable? Tú oíste aquel crujido; ¡le habían quebrado la nuca! Allí quedó muerto o moribundo. Recuerda aquel grito de espantosa agonía...

—Un grito puede simularse.

—Pero la sangre no, y lo hirieron. Vi saltar la sangre sobre su camiseta amarilla. Fue un segundo, una mancha rápida, luego desapareció en el hoyó... ¡pero te digo que lo vi!

—Acaso lo hayan extraído de su sepultura.

—No, Mary, no. No han tocado un puñado de tierra sobré la fosa. Eso puedes verlo. Además... ¿quién querría exhumarlo? ¿Para qué? Sólo conocen este secreto los piratas y nosotros dos. Aquéllos están desde ayer en alta mar.

—Alguien pudo observarlos, como los observamos tú y yo.

—¿Y luego se molestó en desenterrar al muerto y no tocó una sola guinea, una piedra preciosa, un jirón de seda? Es absurdo, Mary.

—Absurdo es que falte su cuerpo... y ya lo estás viendo.

El hecho era extraordinario, pero la ambición más fuerte que

todos los hechos del mundo.

Los esposos Stout habían excavado la huesa para apropiarse del botín pirata y aquellas disquisiciones resultaban ociosas. Terminaren por sugestionarse de que no habían visto, sino que habían creído ver.

—Los sentidos nos han jugado una mala pasada...—dijo Abner con sorda voz—. Padecimos una alucinación y ahí está la cosa.

—Sí...—respondió Mary—. Una alucinación.

Ni uno ni otro creían en sus propias palabras, pero preferían ahogar el miedoso estupor y echarle mano a las ricas mercancías del capitán Kidd.

Volvieron a trabajar afanosamente. Primero extrajeron de la fosa los paquetes pequeños y los apilaron debajo del pino maltratado. Colocaron en una bolsa tantos como ésta pudo contener, regresaron á su casa y la depositaron en el sótano. Repitieron sus viajes una vez, cuatro, diez.

Llegaba el alba, cuando habían transportado casi todo el botín pirata. Sólo quedaba en el interior de la excavación un alto cofre que no habían podido mover. Estaba asegurado con fuertes herrajes y un ancho candado, que las manos exhaustas del ebanista no pudieron vencer.

—Lo dejaremos para mañana...—jadeó Abner Stout—. Traeré un par de herramientas y haré saltar la cerradura. Ahora, no. Está llegando el día, y si nos detenemos, nos descubrirán. Rellenaremos la fosa con cuidado y nos marcharemos de aquí.

Así lo hicieron. Cubrieron el hoyo y regresaron al sótano, atestado de bultos, que ahora desempacaron con manos ávidas y los ojos resplandecientes de ambición-

—¡Abner!—musitó Mary—. ¡Esto es maravilloso! ¡Ahora sí que hemos alcanzado la felicidad!...

Sobre la dura tierra del sótano caían, en una fresca y refulgente catarata, las piedras preciosas montadas en los engarces más finos y primorosos, gruesas monedas de oro y plata, alhajas de complicado arabesco, piezas de costosa vajilla, hasta una copa repleta de perlas, que se quebró caer a tierra con un estrépito de cristal quebrado que sonó como la más delicada de las músicas.

El sol ya estaba alto, cuando terminaron de acondicionar el tesoro. No se decidían a abandonarlo, aunque sueño les vencía ya.

¡Era tan bello hundir en la masa de monedas los brazos desnudos hasta el codo! Con una extraña opresión del espíritu abandonaron el sótano y aseguraron la sólida puerta con cerrojos. De buena gana hubiesen dormido junto al botín del pirata.

Llegó la noche, cargada.de tormenta. Abner Stout fue a su taller y el cogió un cortafríos, un destornillador el más pesado de sus martillos.

Entonces, Mary le dijo:

—Abner, he pensado que no debemos ir.

—¿Qué no debemos ir? ¿Por qué?.

—Porque ya tenemos mucho, amo mío..., acaso más de cuanto podamos gastar en la vida que nos falta. Mira qué noche: está por desatarse la borrasca, y además, aquel cofre no me gusta.

—¡No te gusta, y quién sabe qué maravillas contiene dentro! Si le han echado cerrojo, por algo será. Indudablemente, allí está la porción más rica del botín... ¡y tú me dices que no debemos ir!

La joven se resignó, cubrióse con una gruesa manta y siguió a su marido, en cuya mano el farol se balanceaba arrojando extrañas pinceladas de luz dentro de las tinieblas.

Llegaban al Pico Negro, cuando comenzó a caer la lluvia.

—Llueve, Abner...— suplicó Mary arrebujándose estremecida por el frío y el presentimiento—. Volvamos a casa.

—Cállate, Mary. Tú eres una mujer y no entiendes de estas cosas. Obra comenzada, obra terminada. La tierra del hoyo está blanda, y con diez paladas estaré sobre el cofre. Acompáñame.

Cuando llegaron al árbol del capitán Kidd, ya la tormenta había descendido ásperamente sobre Cape Cod. El cielo era una masa obscura, atravesada a intervalos por la puñalada del relámpago.

Por cierto no brillaba esa noche la estrella bajo cuyo signo cavaron la huesa los fieros tripulantes de la negra goleta. Mary se había colocado bajo el amparo de un árbol, y sus manos trémulas cerraban sobre el pecho la manta que la protegía de la lluvia, ahora más veloz y copiosa que nunca.

Veía confusamente la figura de su esposo, que movía la pala en un torbellino de excitación. Cuando los truenos detenían por un instante su zarabanda, oíase el jadeo del hombre empapado y exhausto, el sordo rumor de la tierra que caía sobre los alrededores de la fosa.

De pronto se oyó la voz agitada de Abner Stout:

—¡Mary, el cofre! ¡Ven aquí!... Corrió la joven hasta el hoyo nuevamente excavado, inclinándose para eludir el embate de la tormenta. Dentro de aquél ardía el farol y veíase a Abner que atacaba con sus herramientas los fuertes cerrojos del cofre. Ahora el vendaval rugía y avanzaba sobre los; árboles, y la noche se llenaba con el estrépito de las ramas sacudidas y quebradas, con el rechinar de la arena que castigaba las rocas.

—Falta poco...—gritó Abner Stout, inclinado sobre la tapa del cofre—. ¡Falta poco ya!

—Apresúrate — le respondió Mary, enjugándose el rostro empapado por la lluvia—. ¡Es una tormenta espantosa! ¡No puedo más!...

El cortafríos atacaba ahora el último de los herrajes. Dos martillazos más y quedaría libre la tapa del cofre.

Y entonces ocurrió aquel hecho espantoso e increíble.

Ocurrió que cuando quedó hecho pedazos el último herraje, Abner Stout se detuvo un instante para levantar el farol e iluminar el interior del cofre.

Y entonces un alarido de espanto salió de la garganta de Mary, que con el rostro convulso y crispado gritó:

—¡Abner, la tapa! ¡Se está abriendo!...

El hombre, con los cabellos erizados de pánico, se aplastó contra la pared de la huesa.



...se levantaba ante los ladrones...

¿Por qué el cofre se abría?.. Como si obedeciera a una presión interna, aquella tapa atacada y despedazada se erguía con una lentitud de locura, y ahora, entre ella y la caja del cofre, se deslizaba una mano nervuda y pálida, luego otra, y después, dos brazos velludos y musculosos, que tanteaban el vacío con el incierto ademán de una persona ciega.

Y después, la tapa abrióse de improviso, cayó hacia un costado, y en el interior del cofre, descompuesto y lívido, con ojos que miraban sin ver, con el cuello cubierto de sangre que manaba sobre el pecho semidesnudo y la burda camisa de tela amarilla, muerto ya, sin vida pero tambaleante, no hombre sino fantasma, no ser de carne y hueso, sino espectro, se erguía el joven pirata, el bucanero de la mala suerte, el infeliz corsario que el capitán Kidd sacrificara dos noches atrás, el vigilante de ultratumba que, dentro de aquella noche de los infiernos, debajo de aquel cielo delirante y

enloquecido, se levantaba, ante los ladrones del tesoro, para exigirles cuentas por su profanación.

Abner Stout dejó caer el farol, que se apagó, y luego, sin poder articular nada más que un sordo estertor de miedo, cayó él también de rodillas, manoteando el aire en un desesperado intento de defensa.

Mary Stout quiso gritar, y su garganta sólo registró un jadeo ronco de estrangulada. Huyó, dando tropezones loca de pavor, cayendo cada tres pasos y levantándose a duras penas, dejando jirones de su ropa y de su carne en las matas espinosas, debatiéndose entre los ramalazos del viento, el deslumbramiento de los relámpagos, la lluvia y la arena, el latigazo del follaje que le castigaba el rostro y le enredaba los cabellos empapados.

Mary Stout enloqueció aquella noche y de sus labios crispados oyóse el inconcebible relato. Abner Stout fue encontrado muerto dentro de la fosa vacía, donde sólo se bailaba el cofre destrozado, las herramientas del ebanista y el farol hecho trizas. Ni rastro del joven pirata muerto.

Se hubiera dicho que toda aquella aventura de la goleta negra, el desembarco del botín y el sacrificio del filibustero era una concepción fantástica de los esposos Stout.

Pero el tesoro que se encontró en el sótano de éstos hablaba con elocuencia acerca de lo ocurrido.

Y la macabra aventura de los esposos Stout es aún hoy recordada en Cape Cod por las gentes sencillas y supersticiosas, que cantan:

“Puedes ser pobre y ser feliz. Lo puedes.
Y era pobre y feliz Abner Stout.
Pero llevaba un pico aquella noche.
Ya sabes lo demás.

Cavó la fosa bajo aquella estrella.
Encontró un rico cauce de oro.
Su bella Mary lo ayudó a llevarlo.
Ya sabes lo demás.

Quedaba un cofre y la tormenta hervía
Pero Stout ha querido regresar.
Su pala removió la antigua fosa.
Ya sabes lo demás.

La tapa rota se levantaba sola.
Mary escapa. Brama el huracán.
Abner Stout se ha puesto de rodillas.
Ya sabes lo demás.

Dentro del cofre lo esperaba un muerto.
Con sus manos frías; lo estrangula ya.
Puedes ser pobre y ser feliz. Lo sabes.
No lo quiso saber Abner Stout.”

La vida tumultuosa y desconcertante del capitán Kidd, la catadura diabólica del más famoso de los filibusteros, la audacia casi endemoniada de sus concepciones, la increíble buena estrella que le acompañó, el temor animal que despertaba en sus esbirros, sus fuerzas descomunales hasta parecer milagrosas, contribuyeron a convertirle en una estampa omnipotente e invencible, una figura intocable e invulnerable, en el hijo predilecto de los infiernos, en el discípulo preferido de Satanás.

Y Gastón d’Arsonval, perlada de sudor la frente, añadió:

—Ruge fuera la borrasca, estamos en uno de los lugares donde Kidd enterró parte de sus tesoros, y… ¡en el mesón está el fantasma del capitán Kidd!

CAPÍTULO IV

Entre picaros anda el juego…

—Tato…—masculló el Pirata Negro irritado, por haberse dejado sorprender y apresar por quien, suponía narcotizado—. Os, ha hecho falta esta trampa para poder conmigo.

Pero vio que era sincera la expresión de asombro del propio Zarzales, mientras Jonah Kidd, con experta destreza y brutal fuerza, obligaba a sentarse al Pirata Negro, y con otra correa semejante que de su cinto quitóse, le amarraba piernas y tobillos contra los toscos y recios barrotes de la pesada silla.

—Entre picaros anda el juego…— rió Jonah Kidd, avanzando, y enfrentándose con Zarzales y "Pañuelo Negro"—. Vi tu anillo, Zarzales. Quise saber por qué pretendía narcotizarme. Os he ayudado a tiempo. Este enmascarado quería tener preso a este hombre. ¡Aquí lo tenéis, gracias a mí!

—Nadie te pidió ayuda, Kidd—reprochó Zarzales.

—Te la he dado por voluntaria inclinación, Zarzales—anunció el inglés—. Llévame ahora donde tú y yo sabemos, y dejemos aquí a este hombre. Vayamos a lo nuestro.

—Eso es—intervino de pronto Humberto de Ferjus, envainando su espada—. Id con ese caballero, capitán Zarzales.

Envainó el sevillano a su vez. Sabía adivinar lo que quería significar Humberto de Ferjus.

—Propicia es la noche para estos negocios—sonrió el sevillano, y saludando al Pirata Negro añadió: —Hasta pronto, conde Ferblanc. Nos volveremos a ver.

—No lo dudes, perillán—masculló Lezama rientes los ojos, pero dura la voz—. Y creo que será la última, que bien lo dice el refrán que a la tercera va la vencida.

—¿Para quién?

—Las otras dos, te ayudaron. En una, la mujercita romántica que se enamoró de ti. En ésta, el traidor ese que buen hijo demuestra ser de Kidd.

El inglés avanzó mano en alto, congestionado el semblante, demostrando su intención de abofetear al prisionero, que rostro erguido le miraba retador.

Pero Humberto de Ferjus se interpuso entre su padre y Jonah Kidd.

Limitóse, casi en contacto desdeñoso a apoyar el índice en el amplio pecho del hércules.

—Os agradezco la ayuda, caballero. Os espera el capitán Zarzales. No demoréis vuestra partida.

El inglés pareció por unos instantes poco dispuesto a escuchar el consejo del enmascarado.

Pero Frasco Zarzales a su lado, le tocó en el hombro.

—¿No dijiste que a lo nuestro, Kidd?

—¿Quién es —este hombre?—gruñó Jonah Kidd señalando con el pulgar a Humberto de Ferjus.

—Otro pícaro, como nosotros—sonrió Zarzales—. ¿No oíste cuánto habló con el conde Ferblanc?

—Este... ¡este tipo no merece vivir!—saltó ahora Kidd señalando al prisionero.

—Cuestión que ni tu ni yo debemos resolver—sonrió apaciguador Zarzales—. ¿Vamos?

—Bueno...—aceptó de pronto Jonah Kidd.

Pensaba en sus “pingüinos”... los dos hombres que a aquella hora, rondarían, con una consigna bien definida, el mesón.

Alejóse hacia la puerta.

Y al atravesarla pareció gruñir imprecaciones en su idioma natal...

Frasco Zarzales inquirió:

—¿No tienes jamelgo?

—Lo até al pie del sendero.

—A por él, pues. Tenemos largo camino y peligroso que recorrer hasta llegar donde te interesa.

—Donde nos interesa, dirás. ¿O quieres hacerme creer que tú eres insensible a los tesoros cuyo exacto lugar sé, cuando a la gruta

me conduzcas?

—Lo veremos entonces, Kidd. Yo conozco el camino, y tú no. En cambio, tú conoces el exacto lugar del tesoro. Nos conviene pues ayudarnos, y después ya decidiremos.

—Tu tono parece indicar que es forzada tu ayuda.

—¿Qué importa?—murmuró Zarzales, montando y encogiéndose de hombros—. Instantes hay en que hasta con Satanás haríamos pacto.

—Sin querer, tú mismo declaras te impresiona mi presencia.

—Realmente... No sólo tu presencia, sino tu carácter. Heredaste seguramente no sólo el verdadero aspecto del capitán n Kidd, sino su mentalidad.

—Entre picaros anda el juego... pretendiste narcotizarme? Vigílate que yo sé vigilarme.

—Me place que sepas que mi alianza pueda resultarte propicia o desfavorable, según me dé.

—¿Eres de la cuadrilla del enmascarado de los encajes?

—Puede que sí, puede que no. Ahí está tu caballo.

Jonah Kidd, al montar, parecía continuar de mal humor, imprecando en inglés...

Alejáronse los dos jinetes, hacia las arenas movedizas...

En el mesón, Humberto de Ferjus aproximóse al mostrador, y su mano enguantada pareció acusar al aterrado mesonero.

—Nada has visto.

—¡No... mi señor!... ¡Seré mudo... nada diré!—y casi lo imploraba de rodillas el asustado Cañizares.

—Sólo dirás... que "Pañuelo Negro" dio libertad al conde Ferblanc. Escucha bien. Media hora después que yo salga, darás libertad al conde, y al hombre que atado está tras aquella ventana. Si lo hicieras un minuto antes de la media hora, morirás. No creo que te haga falta oírme repetírtelo.

—¡No... mi señor! ¡Os juro obediencia!...

—Vete pues allá, y trae como puedas al hombre que fuera está atado. Arrástralo... que no le harás daño. Está acostumbrado a peores tratos. Y cuidado con lo que haces.

Partió tembloroso el mesonero. Humberto de Ferjus aproximóse de nuevo hasta detenerse ante la silla, en la que sólidamente atado con las dos correas piratas de Jonah Kidd, Carlos Lezama silbaba

impaciente.

Su canción era la de “hoy por ti, mañana por mí”. Creía que sería suficiente aviso para alertar a “Cien Chirlos”...

Cesó bruscamente de silbar, al ver que Andrés Cañizares reaparecía por la puerta, resoplando fatigosamente, mientras arrastraba tirándole por los tobillos el cuerpo aun exánime de Cien Chirlos”.

—Cúralo—ordenó Humberto—. Vinagre, hilas, y bálsamo.

Arrodillado junto al Pirata Negro, Andrés Cañizares, fue restañando la sangre de la nuca del viejo pirata que amordazado, conservaba los ojos cerrados.

—¿Obra tuya, fantoche?—masculló Lezama.

—En efecto—asintió “Pañuelo Negro”.

—Pareces muy ufano, amigo. Y te juro que por esta cascadura que has administrado al viejo cuero rebelde de don Marcelo, no he de cesar, hasta tenerte en mi poder y a mi merced.

—Ruge, león...—murmuró la opaca voz del enmascarado—. No puedes figurarte, con qué complacencia te contemplo... ¡a mi merced!

Arqueó Lezama las cejas, en mueca intrigada.

—Parece como si me tuvieras rencor, fantoche.

—No trates de adivinar los.sentimientos que me inspiras. Son muy complicados. Por el instante, y según es tu costumbre, medita en que eres mi prisionero, y que dejarás de serlo, gracias a que no deseo tu muerte. Bien te ha atado Jonah Kidd... Tú sólo no podrías librarte,

—Una alianza con el hijo del capitán Kidd, para nada bueno será. Empezaste como romántico bandolero, “Pañuelo Negro”. ¿Cómo terminarás? Ni tú mismo puedes saberlo...

—Acaso tú, viejo león experimentado, puedes predecirme el porvenir.

—Por de pronto, el verdugo te es pera.

—Eso da a mi existencia un aliciente.

—Darás un mal paso, si hasta ahora tus dos apariciones, a mi opinión, no son dignas de verdugo.

—¿Te interesa mi suerte?

—Eres extraño, fantoche. Pareces un niño jugando a algo muy peligroso. Eso es... ¡Como un niño que juega a ser bandolero! Y no

pareces darte cuenta que el virrey no admite esos juegos. Estás sentado en un barril de pólvora, cuya mecha arde, sin tú darte cuenta.

—¿Y te das tú cuenta de que un prisionero pocos, consejos puede dar?

—Si el prisionero, y a traición soy yo, muchos consejos puede dar. ¿Quién eres?

—En su día lo sabrás.

—¿Cuándo tú quieras?

—Naturalmente.

—¿No puede ser también cuando yo te apriete el gaznate?

—Difícil te será.

—No siempre tendrás a tu lado un espadachín, y a mis espaldas un fingido durmiente.

—A tu lado creías tener a este hombre—y señaló Humberto de Ferjus al viejo lugarteniente, ya vendado por el mesonero.

—Entre picaros anda el juego...— sonrió Lezama—. Bien... ya que tu generosa magnanimidad llega a tanto, que me darás libertad, huye ahora, que prisa tengo por de nuevo ponerme tras tu pista.

—Eres imprudente, león.

—¿Por qué?

—Estás inerme. Podría eliminar, matándote, un peligro futuro.

—No creo seas un asesino... al menos, por ahora.

—Viéndote así, comprendo porque te consideran un eterno rebelde, que nunca da su brazo a torcer, aun en los peores trances. No obstante, ya no eres el Pirata Negro, ni siquiera el conde Ferblanc... Eres un anodino y paciente coronel...

—Si conoces mi historia, sabrás que si a eso me he acomodado, y acepto que me llamen el “Águila Encadenada”, es porque un hogar quise formar y he formado para mi hijo.

—¿El que antaño pirata era apodado el “Chacal”?

—Y el otro.

—¿Dos hijos tienes?—inquirió Humberto.

—Puedes interrogar, porque me da la gana de contestar. Creí antes que “Pañuelo Negro” podía ser Cheij, Gabriela... Ahora, empiezo a creer que no es de mi familia.

—Quizá... tu otro hijo, por aquello de la herencia de la sangre— aventuró Humberto de Ferjus.

—Bah...—y rió con amarga sorna Lezama—. ¿El marquesito manejando la espada como tú? ¿El marquesito arriesgándose el pellejo? ah... No m hagas reír, “Pañuelo Negro”.

—¿Es cobarde tu otro hijo?

—¿Y a ti qué demonios te importa

—Interés que por tus cosas tengo. Si crees que “Pañuelo Negro” es de tu familia, ¿por qué no ha de poder se tu otro hijo?

—Cuando apareciste... mi segundo hijo navegaba en alta mar, muy lejos de aquí, procedente de Europa. Además... no intentes confundirme. Sé muy bien que Humberto no puede ser. Y quien tú seas lo averiguaré pronto. Ya sólo tengo un deseo. Tenerte a ti igual como ahora yo estoy.

—¿Para entregarme al verdugo?

—No soy yo proveedor de verdugos, imbécil. Me bastará con saber quién eres, y después de propinarte buena paliza, aconsejarte vayas a hacerte ahorcar lejos de mis pasos.

—Tu generosidad me abruma— y Humberto de Ferjus, en sus flotantes, ropajes que le desfiguraban, saludó con burlona ceremonia—. Hasta pronto, coronel Lezama. Ya nos conocemos. Empieza pues entre vos y yo el más amable y encarnizado de los duelos.

—Abur...—gruñó Lezama—. Ya te sonaré los mocos con tu pañuelo de encajes.

De la diestra enguantada de Humberto de Ferjus cayó a los pies de Lezama un pañuelo negro de encajes.

Y poco después salía del mesón.

CAPITULO V

Los dos "Pingüinos"

Allí un Cape Cod, cuando Jonah Kidd decidió esparcir la tenebrosa leyenda de un resucitar del capitán Kidd, fletó también goleta, que tripulada por diez antiguos piratas de su padre, daban razón a cuantos juraban y perjuraban que ni eran supersticiosos ni habían sufrido alucinaciones al afirmar que habían visto el "Adventure" del capitán Kidd,

Por una expresión habitual en Robert Kidd, que llamaba a sus marineros, "pingüinos". Jonah Kidd les califico del mismo modo, a los diez que seleccionados entre los más fieles y bestiales, se juramentaron con él, para ir recogiendo los tesoros de Kidd.

Hasta entonces sólo una pista segura parecían tener, después de mucho rondar.

En las arenas movedizas de la comarca, al oeste de la ciudad virreinal de Latacunga, el capitán Kidd, en gruta misteriosa, había enterrado la parte más cuantiosa de sus tesoros.

Y una goleta ancló en rada estrecha, para que de ella, Jonah Kidd, al parecer solo, se dirigiera a caballo hacia el mesón de la cumbre, única referencia que poseía uno de los "pingüinos".

Pero tras él, dos de sus hombres le seguían, con una orden expresa. "Tierra rasa y muerte tras mis pasos", decretó Jonah Kidd.

Los des piratas que ahora le habían seguido hasta el mesón, con orden de no intervenir hasta que no lo indicara, y que escondíanse agazapados junto al lugar donde Jonah Kidd ató su caballo, le oyeron perfectamente, cuando en inglés y pareciendo imprecar, el hijo del capitán Kidd, ordenó:

—Tierra rasa, a fuego. Muerte a todos. Después tras mí a la barranca al oeste, de entrada a las arenas movedizas.

Partió el redivivo "fantasma de Kidd", tras el otro jinete desconocido.

Los dos "pingüinos", Edward Rayburns y Jackie Lobster, sumaban entre los dos un centenar de años, y mucho más número de crímenes. Habían sido los "pingüinos" de más confianza del capitán Kidd, el padre.

Toscos, bestiales y conocedores de todos los mares, tenían la creencia arraigada de que con Jonah Kidd hallarían por fin no sólo la fortuna, sino un revivir de antiguas correrías.

Y gozaban cuando en compañía del coloso, recorrían los litorales en la goleta que todos cuantos la encontraban, creían fantasma.

Dirigiéronse despacio hacia lo alto de la colina.

—Tierra rasa—comentó Rayburns—.. ¿Como en California?

—Hermosa noche—aprobó Lobster—, Aun estoy viendo al patrón del tabernucho aullando, mientras tú lo embrochadas, y lo colocabas en la parrilla. ¡Un buen tocino ahumado recibió como obsequio del capitán Kidd el infierno!

Hablaban en inglés, salpicado de modismos de la jerga más baja de los puertos. Hablaban si la ocasión lo requería, francés, español e italiano.

Una cultura idiomática en cincuenta años de vida tormentosa.

Siguieron evocando distintas "tierras rasas", y de pronto retrocedieron casi asustados.

Aunque carentes de imaginación, aquella figura negra, de flotantes ropajes, que a todo galope bajaba por el sendero, les pareció imagen diabólica...

Levantáronse del matorral, tras el que se habían escondido de un salto.

—¡"Jinggo"! — rezongó Lobster—. ¿Quién podía ser ese enmascarado?

—¡"Old Nick"! Semejó un murciélago gigante.

—¿Venía del mesón?

—Mejor me pareció que de las arenas...

—Debimos tener los caballos al alcance.

—A lo ordenado. Tierra rasa con el mesón.

* * *

Carlos Lezama repitió:

—¿A qué esperas para quitarme las ataduras?

Andrés Cañizares casi sollozó:

—No puedo, señor conde Ferblanc. Ya lo oísteis.

—Nada oí.

—“Pañuelo Negro” me amenazó de muerte, si os daba libertad a vos y a este hombre, antes de la media hora justa de su marcha. Y yo sé que cumpliría su amenaza si le desobedecía.

—Tate con el apocado... Mírame bien la jeta, mesonero. ¿Te crees que por orden de enmascarado ya lejano, me vas a mí a tener aquí inmóvil?

—Yo bien quisiera complaceros, señor conde, pero...

—Atiende, bellaco... ¿No sabes que quien sea cómplice de “Pañuelo Negro” corre su misma suerte en el caso de ser capturado? Descuartizamiento, querido botarate. Conque no seas grullo, y desátame.

Andrés Cañizares hizo el gesto más elocuente que las propias palabras resumía su pensamiento: “A diestro y siniestro he de recibir”.

—Sed indulgente, señor conde...

—¡Calle el zangolotino! Me estás ya amostazando, mesonero del demonio. Corre y elige el más cortante de tus cuchillos, porque esos ganchos se hincan en mi carne, y no podrías abrirlos sin herirme. ¿A qué esperas?

—¡Señor conde! ¡Estoy entre la espada y la pared!

—No hay espada, y la pared soy yo. Por fe de quien soy, que como tal obraré. Diré que me diste libertad a la inedia hora, si interrogado soy por “Pañuelo Negro”. Y admíteme un consejo. Vete muy lejos de este mísero mesón, antes que la justicia por aquí ronde. Que doy por seguro no te gustará ser descuartizado...

Vacilante, parecía Andrés Cañizares a punto de obedecer, cuando miró alarmado hacia la puerta.

Dos individuos de semblante áspero, uno de ellos, de rostro colorado, avanzaban en siniestra y callada actitud.

—¡“Jingoo”!—gruñó Lobster, a la vez que su diestra aferraba por el cuello al infortunado posadero—. ¿Quién son esos dos?—preguntó en español gutural.

—Piedad—suplicó Cañizares aturdido.

—Nombre de mujer es Piedad—mofóse Rayburns, acercándose a los dos prisioneros, uno de los cuales, el tendido, seguía sin sentido

de resultas del golpe que en la nuca había recibido de la mano enguantada de Humberto de Ferjus.

Un gorgoteo siniestro anunció que la recia mano asesina de Jackie Lobster había estrangulado ya al hombrecillo.

Andrés Cañizares cayó al suelo como un fardo...

Jackie Lobster frotóse las manos mientras venía a colocarse junto a Edward Rayburns, detenido frente al Pirata Negro, y apoyado el tacón de su bota derecha sobre el pecho del lugar temes te exánime.

—Seguro que los dejó así el capitán Kidd—dijo en inglés Lobster, mientras el otro asentía en silencio: —Oye, esta cara la conocemos tú y yo, ¿de dónde?

El Pirata Negro maldecía entre dientes. No esperaba salvación, ante la patibularia figura de los dos viejos asesinos...

Lobster miró de pronto con los gruesos ojos humeantes. Guiñó, dando un codazo a Rayburns.

—Tierra rasa... que de lejos la vea nuestro capitán—siguió diciendo siempre en inglés.

—Abrevia, Jackie—gruñó el otro.

Y mientras Lobster acercábase al fuego Edward Rayburns, cogió en su mano velluda la mandíbula inferior de Lezama.

—¿Quién eres?—preguntó en español.

—Un caminante desvalijado.

—¿Tu nombre?

—José Ruiz.

—¿Desvalijado? Pobrecillo... ¿Tienes frío?

—Un poco. Y miedo—fue diciendo Lezama.

—¿No has navegado tú?

—Nunca. ¡El cielo me libre!

—Es extraño... ¡Juraría que te he visto en algún puente de mande! ¿Ya, Jackie?

Jackie Lobster estaba con un largo atizador de hierro, repartiendo los leños llameantes.

Los repartía en forma hábil, colocándolos bajo sillas, mesas, y trapos.

La sala empezó a caldearse...

Edward Rayburns señaló la silla donde Lezama estaba preso.

—Aquí, Jackie.

—No, Edward. La buena carne se asa mejor lentamente.

Y las llamas lamían las paredes del mesón rodeando en círculo incipiente la sala.

Y cuando los dos asesinos del capitán Kidd, separáronse del hogar, corrieron hacia la puerta en evitación de que el propio fuego provocado les cerrara el paso.

Densa humareda iba ya produciéndoles tos, cuando aspiraron ansiosos el aire exterior.

—¡Tierra rasa!—clamó Lobster, corriendo hacia donde sus caballos estaban ocultos.

—¡Orden cumplida! ¿Pero quién me recordaba el español sentado en la silla?

—Bah... Olvídalo... Ya le estará interrogando Satanás.

Y a caballo, los dos “pingüinos” alejáronse a todo galope, hada la barrancada laberíntica, que daba acceso a las inviolables arenas movedizas.

CAPÍTULO VI

El fantasma de Kidd

Diego Lucientes, tras el rastrillo, que convertía la concavidad lateral de la gruta, en celda de prisión para él, murmuró, convencido:

—Me considero un escéptico, pero.., mucha mar he navegado. Y si vos, d'Arsonval, habéis visito el fantasma del capitán Kidd, no es de extrañar que ambos estemos pasando verdaderas fatiguitas.

—Todos los de mar saben que el fantasma de Kidd ronda alguna vez sus tesoros escondidos. Cuantos le vieron, mal terminaron. Su nave espectral recorre los caminos por donde navegaran el "Adventure" y el "Quedagh Merchant".

Forzó Lucientes una sonrisa burlona, ante la entonación fúnebre con que hablaba el belga al otro lado del enrejado.

—También el Holandés Errante navegaba... y a según quienes, no les atosigaba. Los viejos lobos de mar refieren que cuando la tormenta castiga con furor el cabo de Buena Esperanza, y las olas adquieren bajo el cielo negro como la tinta, un tamaño y poder extraordinarios, un navío del que trasciende una luz pálida atraviesa la borrasca con velocidad, desplegando velas intactas y blanquísimas.

—Es la nave fantasma del Holandés Errante y tiene una pavorosa historia. Hace muchos años un barco cruzaba los mares transportando un riquísimo cargamento de joyas y especias. El dueño de éstas viajaba a bordo, y fue asesinado junio con su esposa e hijos, por varios marinos y en complicidad con el capitán holandés. Los cadáveres fueron arrojados a la sentina y al descomponerse, produjeron una peste devastadora que hizo presa en los tripulantes.

Y Gastón d'Arsonval fue rememorando la espeluznante odisea del barco pestífero.

La epidemia se hizo tan intensa, que en ningún puerto querían recibir a la embarcación maldita, aunque el desesperado capitán holandés ofrecía todos los tesoros que transportaba

Apenas se aproximaba a la costa era rechazado con descargas de fusilería, y debía hacerse a la mar, mientras sus hombres continuaban muriendo como moscas, el cuerpo salpicado de manchas rojizas y los miembros sacudidos por espantosas convulsiones.

El capitán arrastraba les cadáveres, hasta la borda, y uno por uno, los iba arrojando al mar. Luego él, únicamente él, quedó con vida, a bordo de aquella nave infestada y continuó bordeando afanosamente, sin detenerse, buscando un puerto definitivo, que jamás ha de encontrar.

El Holandés Errante viste traje de agua, y sus manos manchadas por la peste, aferran el gobernalle y conducen la nave sobre el lomo aterrador de las olas más altas.

Encontrarlo es mal agüero, y para protegerse de él, los marinos esconden una herradura entre las velas. Cuando la fría y patética nave del holandés, acércase a otra embarcación, despréndese de ella una lancha en la que viaja el desventurado capitán. Éste lleva en las manos un grueso paquete de cartas y lo entrega al capitán del buque sorprendido, para que las haga llegar a destino.

¡Que no ose aquél desdeñar el abultado fajo y arroje las cartas al agua! Al instante, ésta se agita tumultuosa mente y los cielos se desgarran, sacudidos por una estrepitosa tormenta. Las cartas están dirigidas a personas fallecidas hace ya muchísimos años, y es menester recogerlas sin pronunciar una palabra.

Después, cuando el Holandés Errante regresa a su nave, bordea y desaparece, es preciso clavar el paquete de la correspondencia en el palo mayor, para quebrar el maleficio que de ellas comienza a desprenderse

Cuéntese que un capitán incrédulo y poco entregado al terror supersticioso, recogió las cartas del Holandés Errante, y en lugar de clavarlas el el mástil, llevóselas a tierra con el propósito de rasgar los sellos y leeríais.



Allí están los cadáveres...

Llega a su casa, enciende una lámpara y apenas extrae de su amarillento sobre la primera carta, llaman a la puerta. Acude a abrir y entonces retrocede jadeante, los cabellos erizados y la boca rígida.

Allí están los cadáveres a quienes iba dirigida la correspondencia del Holandés. Supieron que ésta se hallaba en tierra firme y han venido a buscarla.

Entran en la habitación del capitán, descarnados y secos. Las carnes de algunos penden como trapos y asómanse los blancos filos de los huesos.

Cada uno recoge la carta que le pertenece y se marcha no sin antes debilitar levemente la luz de la lámpara. Cuando desaparece el último de ellas, la lámpara se apaga. Y el capitán también... Ha caído de rodillas y muere de pavor.

Cualquier lobo de mar os afirmará que el holandés hizo un pacto con el diablo, en cierta ocasión. Quería doblar el cabo de Buena Esperanza durante una borrasca violentísima. Inútiles eran sus esfuerzos, porque las olas castigaban su navío implacablemente y le obligaban a retroceder.

Al cabo de varias horas de infructuosa lucha, el holandés hervía de cólera, y luego de proferir espantosas blasfemias, rugió:

—¡Maldito sea el cielo! ¡No retrocederé aunque tenga que bordear hasta la consumación de los cielos!...

El diablo le tomó la palabra. Y desde entonces el holandés viaja desesperadamente, siglo tras siglo. Pero el diablo no fue implacable con el capitán blasfemo y le brindó una oportunidad sentimental: cada siete años, el Holandés Errante puede bajar a tierra y contraer matrimonio.

Si la mujer elegida le es fiel, allí mismo terminará su torturado viaje, pero si aquélla le engaña, tiene que regresar a su buque fantástico y navegar durante otros siete años.

Diego Lucientes atajó a Gastos d'Arsonval, para comentar:

—De esta manera navega años y años incesantemente.

—Cierto que parecía que nunca encontraría una mujer que le fuese fiel, cuando...

Una mañana, al cumplir exactamente otros siete años, hizo escala en un puerto de Escocia. No tenía ya muchas esperanzas, pero tampoco las había perdido del todo.

Entró, pues, en la tienda de un comerciante de joyas para adquirir un obsequio que haría a la posible novia, y fue allí donde conoció a la hija del joyero, una doncella de belleza verdaderamente celestial.

El capitán holandés se enamoró perdidamente de la joven y pensó al instante que acaso fuera ella la mujer que lo salvaría de su maldición.

Desde luego, la joven parecía ocultar algún misterio. A menudo se pasaba días enteros, entregada a la contemplación de un antiguo retrato heredado de su abuela. Cuando el holandés fue llevado a conocerlo, no pudo menos que sorprenderse y enmudecer. La obra representaba a un hombre pálido, de barba negra, de ojos hundidos: era él mismo, su propia imagen.

La doncella habló del retrato y de la persona que representaba la vieja pintura: del Holandés Errante. Pero el propio citado, tuvo buen cuidado de burlarse de lo que él llamaba ingenuidad de la niña.

—Eso—aseguró—, no es más que una leyenda, una superstición. Jamás oí nada más absurdo en mi vida...

Pero más adelante, en conversaciones íntimas, reveló su terrible secreto, sin quererlo.

—Sufro—dijo a la niña—un dolor profundo como el mar. Mí barco no tiene anclas: jamás podré quedarme en tierra.

La doncella comprendió y facilitó entonces la salvación del misterioso capitán. Pronto fue pedida en matrimonio, y ella le prometió serle fiel, hasta la muerte, con lo cual, sin duda, habría de salvarse el marino de su condenación de siglos.

Se casaron y comenzaron a vivir en medio de una felicidad, que llevaba visos de ser eterna. Pero el infortunado capitán amaba tiernamente a su esposa, y comenzó a temer que ella se condenase también por una eternidad, y sólo por culpa suya.

Esta obsesión empezó a causarle tales tormentos, que decidió, por fin, abandonarla. Una mañana muy al alba, llegó a su nave, soltó las amarras y se hizo a la mar.

Cuando la doncella se dio cuenta de ello, desesperada por la suerte de su desgraciado marido, se lanzó desde unas rocas al mar y murió. Cumplió de esta manera su promesa de amarle hasta la muerte.

—Esta historia del Holandés Errante—dijo Lucientes—, está suavizada por el toque siempre mágico del amor

—Sí, pero no conoce tintas suaves cuanto se refiere alrededor del fantasma del capitán Kidd—dijo d'Arsonval protuberantes sus ya de por sí saltones ojos—. ¿Queréis saber lo que ocurrió hace apenas dos años allá en Cayo Sotavento, de la costa de la Española? Os dará idea de lo que quizá aquí nos espera, si por malaventuranza, el capitán Zarzales no logra ahuyentar al fantasma del capitán Kidd.

En una tormentosa noche de 1721 los marinos cantaban y bebían, golpeando sus jarros de hojalata sobre las mesas de una taberna. La taberna se llamaba "El bonete rojo" y es te nombre estaba en el grueso letrero de la calle, ahora castigado y sacudido por el huracán.

De pronto, abrióse la puerta con la violencia de un pistoletazo y un hombre penetró, lívido de terror. Era Matías Da Souza, uno de los pescadores más fuertes, y experimentados de Cayo Sotavento.

Da su boca escapaban sonidos inarticulados y sus manos crispadas si aferraban a la musculosa garganta desnuda. Le hicieron beber varios tragos de aguardiente.

Entonces el pescador, rodeado por un cerco de rostros atónitos y barbudos, habló:

—He visto a Kidd—murmuró.

Un estremecimiento de horror circuló entre sus oyentes, que se miraron los unos a los otros, despavoridos..

—¡Kidd! Matías, mira lo que estás diciendo. Kidd murió en Londres. Le colgaron. Y le vieron muerto.

—¡Lo vi! ¡Os digo que le vi!

El pescador se explicó, jadeando. Retiraba sus redes para que él mar embravecido no hiciera estallar las cuerdas. De pronto, descubrió un barco oscuro y silencioso fondeado a veinte brazas de sus ojos.

Erar rarísimo, porque podría jurar que una hora antes aquella embarcación silenciosa no estaba allí. Extrañado se aproximó.

Estalló un relámpago, y Da Souza creyó desfallecer de espanto porque el nombre de la nave: “Adventure”.

Los contertulios de “El bonete rojo" dejaron oír sordas exclamaciones de pavor. Pero no faltó el valentón que quiso burlarse y simuló una presencia de ánimo inexistente.

—¡Mira qué disparate! El “Adventure” está hecho cenizas y aventado en el océano. Tú bebiste, Da Souza.

—Da Souza nunca bebe cuando recoge sus redes. ¡Aquella embarcación era el “Adventure” y todavía permanece allí!

—Te habrás confundido. La noche está muy obscura. ¿Quieres convencerte? Vamos al fondeadero y luego nos reiremos juntos.

Veinte hombres guarecidos bajo gruesas capas y con el corazón oprimido, abandonan “El bonete rojo”, cuyo tablero oscilaba y crujía amarrado por chirriantes cadenas.

Llegan al lugar en donde Da Sousa abandonó sus redes a medio desatar.

—Y bien, ¿dónde está, Matías?..

¡Allí estaba el “Adventure”! A la luz de algún relámpago, avistábase la masa obscura e inmóvil del viejo barco pirata. A pesar del fuerte oleaje, la embarcación parece clavada en las aguas. Sobre su mástil, ondea la bandera negra.

En varios pechos se ahogó un gemido y algunos cayeron de rodillas, rezando. De pronto, la nave desapareció. ¿Ilusión de los sentidos excitados por las libaciones? ¿Sugestión colectiva?

Veinte hombres juraron por su honor, haber contemplado el barco fantasma del capitán Kidd. Esto ocurría en Cayo Sotavento, en la costa de la Española, allá en 1721.

Meses más tarde, un buque mercante que se dirigía hacia la isla Guanana, en Honduras, es escoltado durante varias horas por una goleta misteriosa y arrogante. Llevaba todas sus velas desplegadas, que brillaban dentro de las tinieblas con un resplandor debilísimo, casi fosforescente.

El capitán del buque mercante, suspenso, efectuó señales de cortesía que no tuvieron respuesta. Ni, un sonido escapaba de entre las jarcias inmóviles, ni una sola linterna ardía sobre cubierta.

—¡Ea, esto no puede continuar así! ¡Será preciso que nos acerquemos a ella!—exclamó, furibundo, el capitán.

Dio las órdenes y el buque mercante, virando en redondo, navegó de bolina, para bordear hacia la goleta. Cuando estaba a cincuenta varas de ella, dieron veces, llamándola. Nada.

De pronto, creyeron distinguir una figura alta y siniestra, que aferraba la ancha rueda del timón. La noche era muy obscura, pero aun así se vislumbraban vagamente unas espaldas amplias, un sombrero tricorne, y unas manos muy nervudas y pálidas.

—¡Kidd!—grita un marinero.

¿Sería esta la palabra que quebraba el sortilegio? Apenas fue pronunciada, la goleta se desvaneció como un jirón de humo. Inútilmente, el buque mercante bordeó en uno y otro sentido. Aquel fantasma de velas luminosas había desaparecido

A finales de año, la goleta fantasma es avistada en el golfo de los Mosquitos, costa de Panamá, por un vigía de la costa.

Pocos días después, la ven atravesar, en una magnífica noche de luna, la rada costarriquense de Puerto Limón. A principios del año siguiente, la divisan navegando al garete en el paso del Viento, que separa Haití de la Española.

En febrero viaja durante alguna noches frente al cabo Gracias a Dios, de Nicaragua. ¿De qué se trata? ¿Qué fenómeno de sugestión se ha apoderado de aquellas mentes simples y supersticiosas? Y el ingenio popular, compone en el Caribe, la inevitable sanción:

“Bajo la luna llena,
O bajo el cielo gris,
navega de bolina,

viejo capitán Kidd.

Cuando se vivió tanto,
es difícil morir
y tú no has muerto nunca,
viejo capitán Kidd.

¿Qué buscas o qué encuentras?
¿Para qué vuelves, di?
¿Es que perdiste el alma,
viejo capitán Kidd?

Cuando la aurora llega
ya se olvidan de ti.
Te buscaré de noche,
viejo capitán Kidd”.

En marzo de 1722, un vigía del cabo Catoche, en Yucatán, contempla con horror a una goleta que va a deshacerse contra los arrecifes. Ya nada puede salvarla, ya la desventurada embarcación estallará sordamente contra la masa de piedra, y luego subirán desde su destrozado seno, estrépito de maderas que crujen, retumbar de mástiles que se desgajan, alaridos de espanto y ayes de agonía.

Pero la goleta entró en el arrecife como un cuchillo en un pan de manteca. Luego, se desvaneció ante el vigía atónito. A la mañana siguiente, éste relató con grandes visajes y aspavientos, la increíble aventura. Algunos hacen gestos de burla, y ríen. Pero en algunos corazones sobrecogidos por la narración, entró el nombre frío y agudo como una puñalada:

—¡Kidd!

Aquí y allá estalla el rumor, en una renovada corriente que parece no tener fin. ¡Sigue la ronda siniestra! En mayo del mismo año de 1722, el fantasma del “Adventure” cambia de ruta y abandona las costas del Atlántico para aparecer, inexplicablemente, en la ribera del Pacífico desde el litoral del Ecuador hasta el golfo de California.

Se le ve sucesivamente en la isla Angel de la Guarda, en la bahía de la Paz, en el cabo San Lucas, en las, Tres Marías, en Manzanillo, en Acapulco y en Salina Cruz.

Y aparece de acuerdo con sus ya conocidos signos: velas

inmaculadas, cubierta a obscuras, una figura descomunal y sombría aferrada al gobernalle

Y en julio de 1722, sucede la espantosa aventura de Jimmy, "el Bailarín".

Le conocen por Jimmy "el Bailarín" y en este apelativo, se sumerge y desaparece su verdadero nombre. Ha nacido en Charleston, Carolina del Sur, hace veintisiete años y es contramaestre del buque mercante "Ondeville".

Cuando la tripulación desciende a los puertos, Jimmy ríe, bebe, busca a las muchachas más bonitas y baila con ellas prodigiosamente. Es alto, apuesto, flexible, conversador amable. Algunas le aman, otras le admiran, a ninguna disgusta; a todas divierte.

Jimmy, no es, sin embargo, un caballero. Bajo su apariencia, simpática hasta ser deslumbradora, esconde un corazón egoísta e informal que sólo se preocupa por el propio placer, por el propio sentimiento.

Jimmy, "el Bailarín", es ateo hasta la blasfemia, y de ninguna manera supersticioso. Sólo cree en la vida y si alguna vez menciónase en su presencia alguna de las viejas leyendas del mar, descree de ellas y ríe sarcásticamente.

—¡Paparruchas, cuentos de viejas y de niños! ¿El capitán Kidd? ¡Bah! Estáis borrachos. ¡Así quisiera yo encontrarme esa goleta de los mil demonios y darle un buen escarmiento al idiota que se complace en hacerla bordear de noche, para ponerle los cabellos de punta a tantos chiquillos crédulos como vosotros!

El "Ondeville" parte de la bahía de Chesapeake con destino a El Havre. Es una noche límpida y las serenas aguas del océano rielan, iluminadas por la luna más pura y plateada del mundo. De pronto, la voz estremecida de un grumete, anuncia, plena de excitación:

—¡Goleta a babor!...

Los tripulantes se precipitan y la contemplan. A menos de doscientas brazas, una goleta permanece inmóvil sobre la superficie. Su velamen es purísimo, pero sobre el palo mayor oscila una bandera negra.

En la borda hay un nombre claramente visible para el catalejo:

—¡"Adventure"!

Ya no es posible dudarlo: velachos y trinquetes desprenden una

luz helada y suavísima. Ni una linterna arde en cubierta o detrás de las lucarnas: ni un sonido se desprende de su desolación.

Frente al timón, un coloso vago y obscuro, sobre cuya alta cabeza se inclina el tricornio. No se perciben los rasgos del hombre, porque todo él está envuelto en las sombras.

La tripulación del "Ondeville" es presa del pánico. Hasta el capitán, un rucio lobo de mar, acostumbrado a pelear contra los elementos, las beslias o los hombres, se manifiesta profundamente conmovido en su ánimo por aquella aparición.

Pero Jimmy "el Bailarín", ríe a carcajadas.

—¡Gallinas, más que gallinas! ¿Es que podéis creer que se trate, efectivamente, del "Adventure" y de Kidd?

—Jimmy — balbucean—. ¡Lo estás viendo!

—¿Estoy viendo, qué?

—¡La goleta de Kidd!

—¡La goleta del demonio! Se trata de un bromazo. ¡Fijaos en lo que os digo! Ese "Adventure" de pacotilla es una nave tan sólida como el "Ondeville" y está hecha de maderas y de cuerdas, no de humo.

—¡Jimmy, mira las velas!

—Jugo de plantas luminosas.

—¡Ni una luz!...

—Estarán durmiendo.

—¡Kidd en el timón!

Aquí la risa de "El Bailarín" estalla como un pistoletazo.

—¿Kidd? ¿El capitán Kidd? ¡Allí, hay un timonel que está despierto o dormido... bueno, o muerto, pero los huesos de Kidd están en el Támesis y no se tomarían el trabajo de viajar millas y millas para volver a armase aquí, para daros gusto! ¿Hacemos la apuesta de que voy a saludarle?

La respuesta es trémula y unánime:

—¡No!

—¿Por qué no?

—¡Jimmy, con estas cosas no se juega! El capitán va a alejarse y hace bien. Es de mal agüero, arrimarse a ese barco maldito. ¡No hagas locuras, quédate!

Los temores de sus compañeros excitan el indudable valor de Jimmy "el Bailarín". Ríe, pelea, discute y al cabo de unos instantes,

el “Ondeville” lanza un bote al agua, un bote que se dirige derechamente hasta el “Adventure”.

En el bote sólo viaja Jimmy “el Bailarín”. Desde la cubierta del buque mercante, la tripulación contempla la escena con la frente húmeda y las manos crispadas una sobre otra. La noche es tranquila y el mar está inmóvil.

El bote es manejado por un par de brazos vigorosos y no tarda en, tocar suavemente el costado del “Adventure”. Jimmy amarra y luego salta ágilmente sobre la cubierta de la goleta.

Llama y no le responden. Vuelve a llamar, colocando ambas manos a los costados de la boca, a manera de bocina:

—¡Eh, del barco! ¿No hay nadie aquí?

La alta figura que se yergue junto al timón se ha movido ligeramente.

Está de espaldas al intruso y éste na ha podido cerciorarse bien. Otra vez grita:

—¿No hay nadie aquí?

Sí, ya no es posible dudarlo. El timonel ha vuelto a moverse, pero no ha girado la cabeza. Jimmy avanza dos pasos y por precaución, pone la mano en la culata de su pistola.

—¡Eh, tú!—dice—. ¡El del gobernalle! ¿Eres sordo?

El aludido se ha movido nuevamente. Efectúa un cierto vaivén de hombros, y hasta los oídos de Jimmy llega un rumor inusitado, semejante al chasquido de las fichas de dominó, cuando se entremezclan sobre la mesa, de juego.

Aquella indiferencia comienza a quemarle la sangre. Jimmy es de genio vivo, y no está dispuesto a soportar un recibimiento tan despreciativo. Avanza, y ahora está justamente detrás de la sombra alta y silenciosa que oscila vagamente

—¡Eh, compañero! — interpela—. ¿Estás sordo, muerto, o qué?

El sombrío y alto timonel se balancea con secos crujidos, pero no responde.

—¡Eh,.compañero!—brama ya “el Bailarín”, colérico.

Y apoya sus manos en los hombros del indiferente. Y entonces un estremecimiento de pánico recorre los miembros de Jimmy, sus ágiles piernas de bailarín parecen clavarse en cubierta y un sudor helado le cubre la frente.

Porque la mano aprieta, no un hombro robusto y musculoso,

sino algo así como un haz de ramas secas. La tela podrida de una vieja chaqueta se desgarra bajo la presión, los dedos de Jimmy la atraviesan y se cierran sobre una monda y fría clavícula.

Un gemido se estrangula, en la garganta desesperada de Jimmy, y. el infeliz retrocede muequeando. Entonces, el timonel comienza a girar lentamente, sobre sí mismo, mientras el bailarín cae de rodillas, extendiendo sus manos hacia delante en un desesperado e inútil ademán de defensa.

¿De qué se defiende? Del más increíble horror. Allí, sobre la cubierta del "Adventure", cubierto a medias por los harapos de una vieja chaqueta con botones de oro, yérguese el inmenso esqueleto del capitán Kidd.

De su cuello descarnado pende la cuerda que alguna vez le mantuvo suspendido y bamboleante á orillas del Támesis, y se apoyan en la cintura aquellas manos que precipitaron el cubo de hierro sobre la cabeza de William Morre y que ahora son dos puños secos, con las fuertes falanges descubiertas..

Desde el "Ondeville" han seguido vagamente las maniobras de Jimmy, y han contemplado las evoluciones del timonel bien que la distancia no les permite distinguir sus rasgos.

Pero comprenden que algo espantoso debe desprenderse de la alta figura, porque Jimmy se levanta, retrocede, se enreda una y otra vez en las cuerdas, cae, se levanta, gime y salta al mar, lejos del bote en que se acercara a la goleta fantasma.

En el "Ondeville" estalla, instintivamente, el grito de:

—¡Hombre al agua!

Seis fornidos tripulantes vencen su temor, desprenden una canoa y reman enérgicamente hacia Jimmy "el Bailarín", llenos de espanto, pero vibrando de valentía a la vez.

Llegan al lugar donde Jimmy manotea y se hunde, le asen de los cabellos, le levantan, y le salvan. El bailarín cae dentro de la canoa, convertido en una masa húmeda e inerte. Quienes le salvaron no se atreven contemplar el buque fantasma, pese la curiosidad de uno de ellos, puede más que su temor, gira la cabeza, grita:

—¡No está!

—¡Calla, insensato!

—¡Os digo que no está! ¡Mirad!. Miran y se aterran. El "Adventure" ha desaparecido y hasta donde la vista alcanza, sólo se

distingue la plateada y plácida superficie del mar. Algunos se persignan, todos se inclinan sobre la embarcación, se echan hacia atrás y hacia adelante, con movimientos rápidos, remando con energía desesperada.

Jimmy “el Bailarín”, es transportado a la cubierta del “Ondeville” y luego a su camarote, donde le hacen beber fortísimo aguardiente, y le acosan a preguntas.

Entonces es cuando el contramaestre, relata, con frases entrecortadas, la aventura que acaba de ocurrirle. ¿Sugestión, superchería, borrachera colectiva? Jimmy no consigue reponerse de aquel violentísimo choque espiritual, adolece, y fallece antes de llegar a El Havre, víctima de una inexplicable enfermedad que sería, probablemente, sólo una exaltación y supervivencia del terror.

Siguió apareciendo la sombría imagen de un alto esqueleto afirmado a un gobernalle. Dióse en sostener que el bailarín había preguntado al espectro del “Adventure” las fosas secretas donde se hallaban sus tesoros, y que el fantasma del capitán Kidd, ni había tenido inconveniente en proporcionarle.los datos pertinentes.

Algunos marinos se hicieron una composición de lugar especialísima:

—Jimmy supo en qué lugar se encontraban los tesoros enterrados del capitán Kidd, pero su debilidad le impidió aprovecharse del secreto. Dicen que quien se enfrente sin temor al timonel del “Adventure”, podrá conocer dónde sepultaba sus cofres.

Esta posibilidad llena de espanto y, a la vez de esperanzas, las mentalidades de los marineros. Muchos de ellos se hacen a la mar con la despavorida intención de bordear hasta el “Adventure”, interrogar con los ojos aterrados al descarnado esqueleto de Kidd y pagar una noche de pánico con una larga vida de prosperidad.

Pero al capitán Kidd no se le busca, sino que se le encuentra, y es cuando a fines de septiembre del año 1722 aparece en escena Charles Hammet.

A cualquier viajero que descendiera en algún punto de la costa situado entre Boston y Richmond, y hubiese preguntado:

—¿Dónde está Charles Hammet?

La respuesta habría sido siempre la misma:

—Entrad en la primera taberna y allí le encontraréis.

Charles Hammet era un carpintero de navíos y el más resistente

bebedor de Pensilvania. Había doblado el medio siglo, y se mantenía fuerte como un viejo tronco.

Tenía las barbas blancuzcas y los cabellos erizados como el moño de una gallina de Tenerife, la cara curtida por treinta años de yodo y salitre, las manos deformadas por el incesante ejercicio de su ruda profesión.

Una noche, Charles Hammet entró sin aliento en la taberna, pidiendo un "grog" poco menos que a grifos, secándose la boca con un revés de manga y narrando su tremenda historia.

¡Él también ha visto al capitán Kidd! No, no iba a buscar el "Adventure", porque malditas las ganas que siempre ha tenido de meterse con los difuntos.

El respeta la vida de los muertos y siempre ha creído que los cadáveres a un lado, y los vivos, a otro.

—¡Más "grog"!

Le sirven, vibrando de expectación.

—Bueno, sí... Kidd, el "Adventure". ¿Qué más? ¿Qué más?

El encuentro se produjo inesperadamente. La canoa de Charles Hammet estaba a muchas brazas de la costa, pues Charles Hammet es un viejo pescador de langostas, para lo cual coloca como cebo algún pez hediondo.

—Lo que os digo, es que si queréis atrapar buenas langostas, elegid una, pieza corrompida, pues...

—¡Al diablo las langostas! ¡Al infierno la pesca! ¿Es que no terminarás de explicarte?

Hammet bebe y se explica. Ye el Adventure" se arma de ánimo, bordea, se aproxima y trepa a él. Allí están los huesos del capitán Kidd, los fuertes huesos descarnados por las aves de rapiña de Londres, armados y derechos frente a la rueda del timón.

Hammet no los ve, porque ha cerrado los ojos y aprieta una medalla de Santa Úrsula que lleva prendida al pescuezo con un cordel. Eso sí, los oye crujir.

Cree que el corazón se le hace pedazos en el pecho, pero se atreve a preguntar por los tesoros escondidos. Aquel fantasma se comporta amablemente a juzgar por el tono de su voz y le da indicaciones precisas.

Luego despide al viejo borrachín, que más que correr, vuela hacia su viejo bote que huele horriblemente a langostas frescas y a

carpas podridas. Reina como si cada brazo fuera un émbolo, clava el bote en la costa, corre, entra… y ahora está bebiendo su décimo “grog”.

—¡Charles Hammet! ¿Y qué te dijo Kidd?

—¿Dónde están sus tesoros?

—¿Dónde los guarda?

Le rodea un ávido cerco de cabezas ambiciosas, que gesticulan y preguntan:

—¿Dónde?

—¿Te lo dijo?..

—¡Habla!…

Hammet da un nombre: la finca de Juana Scheling, en Baltimore. Pronto este nombre corre de boca en boca.

—¡En la finca de Juana Scheling está enterrado el tesoro del capitán Kidd!

—¿Dónde vive Juana Scheling?

—En Baltimore.

—¿Quién lo dijo?

—Charles Hammet.

—¡Charles Hammet es un borracho indecente! Bien puede suceder que no exista ni la finca, ni Juana Scheling.

Unos descreen, otros dudan, otros se disponen a partir. A los pocos días llega una noticia que estalla como un cañonazo:

—Juana Scheling no vive en Baltimore.

—¿Lo veis? ¡Maldito borrachín!

—¡Pero vivía hace dos meses! Ha fallecido y tiene una finca. ¡No ha mentido Charles Hammet!

El entusiasmo convierte a muchos remisos, quienes se repiten ambiciosamente:

—¿Cómo pudo saber Hammet que había en Baltimore una señora de ese nombre y que tenía una finca?

Muchos viajan a Baltimore y, se encuentran con la desagradable sorpresa de que los naturales de la ciudad ya han pretendido tomar por asalto la abandonada finca de aquella mujer.

Hay riñas tremendas y la autoridad toma cartas en el asunto. La bola de nieve crece, mientras el causante de toda, aquella baraúnda, el viejo bebedor Charles Hammet, prosigue en Long Island, emborrachándose tranquilamente y rodeado por la admiración

popular.

El escándalo que rodea la supuesta existencia del tesoro en la finca d la difunta, hace que el terrorífico origen de la información sea olvidad completamente.

Los terrenos de Juana Scheling son protegidos por soldados y frente ellos, bulle una multitud que carga a hombro picos y palas. Un banquero acaudalado, Mr. Cárter Dickinson cree que puede latir la verdad bajo aquella convicción popular y compra la finca a los herederos de Juan Scheling, seguro de una óptima inversión.

Paga un disparate sin rechistar contrata hombres para que busque y encuentren uno de los tesoros del capitán Kidd. Pasan los días y al cabo de tanta fosa cavada y de tanto árbol arrancado, Mr. Cárter Dickinson comprende que ha hecho un pésimo negocio, y que en la vieja finca de Juana Scheling no existe una moneda que haya pertenecido al capitán Kidd.

Cuando se serenan los ánimos, todos comprenden que Charles Hammet habló transfigurado por la bebida y que el esqueleto complaciente del capitán Kidd fue tan sólo una creación de espíritu de alcohol.

Luego las malas lenguas dicen que aquel borrachín del infierno ha jugado una comedia indecente. Él estaba en combinación con los herederos de la difunta Juana Scheling, y todos fueron cómplices de aquella, impostura, batiendo el parche alrededor de una finca inservible.

¿Para qué? Para cotizarla mejor y vendérsela con una rica ganancia a cualquier caballero mercader, ávido de ganancias fáciles.

Y es el propio Hammet quien alguna vez, a quien le invita, declara que Juana Scheling era prima suya, y que sus parientes de Baltimore “generosamente” le han remitido una voluminosa bolsa de monedas.

—Esta historia será burlesca—terminó diciendo Lucientes—. Pero la he narrado para contrarrestar los malos efectos que me ha causado la que yos explicación de Jimmy “el Bailarín”.

—Muchos otros han visto al fantasma del capitán Kidd…, ¡y yo con mis ojos lo he visto en el mesón!

Ambos callaron. Esperaban impacientes el retorno de Frasco Zarzales, el aventurero sevillano, que no creía en fantasmas.

CAPITULO VII

Desacuerdo

La masa de peñascos que a modo de protectora barrera cortaba por el Oeste el acceso arlas arenas movedizas, presentaba estrechas y angostas quebraduras, algunas de ellas formando recovecos en cuyas oquedades graznaban cuervos.

Era una franja roquiza, no más ancha que unas dos leguas, por escasamente media de fondo.

En la noche, y a la distancia desde la cual se acercaban dos jinetes, uno le los cuales, el más voluminoso, refrenaba de continuo su montura, la escarpada barranca ofrecía escaso volumen.

El jinete de atrás, con voz estentórea gritó:

—¡Detente, Zarzales!...

Pero el viento huracanado, que se enseñoreaba de la llanura, amenguaba la voz, y el jinete que galopaba al frente no daba muestras de haber oído o de tener intenciones de acceder a lo solicitado.

Parecía como si su seguidor temía algo, como si estuviera alarmado por un indefinible peligro...

Por fin, Frasco Zarzales, cuando ya su caballo internábase en uno de los pasos de la barrancada, refrenó las riendas, obligando a su montura a ponerse de costado, con lo cual cerró el estrecho paso abierto entre las dos paredes.

El otro jinete tardó aún unos minutos en llegar y detenerse. Los belfos humeantes de su caballo rozaban los ijares del otro. Por la disposición de las rocas, la borrasca seguía azotando al exterior y silbando como furiosa, pero sus ráfagas de viento no penetraban en el oblongo y angosto paso.

Jonah Kidd demostró, por el movimiento de sus poderosos

hombro, alzándose y bajando, que respiraba con afán y enojo..

La voz grave, modulada ahora con ironía, del aventurero sevillano, preguntó:

—¿Decías algo mientras veníamos hacia aquí?

—Intentaba hacerte comprender que no resulta prudente galopar con demasiada velocidad por estos parajes.

—¿No tenías prisa por verte en el lugar donde Kidd enterró parte de sus tesoros?

—Pero... las arenas, movedizas nos rodean.

—No. Están allá. —Y por encima del hombro Zarzales señaló hacia el fondo de la grieta.

Jonah Kidd adoptó un tono jovial para comentar:

—Este mediodía, desde la colina del mesón, estuve observando la llanura. Al reflejo del sol parecía un mar turbio, con resaca y poco fondo, en que las sucias arenas revolviéranse a flote.

—Tu semblanza no está muy descaminada, Kidd. Estas, arenas son sucias, traidoras, porque no se mueven... Solamente lo hacen cuando el caballo o el extraviado paseante pisan en falso. Entonces... es casi horrible. Y digo casi, porque para ti pocos espectáculos deben serlo. Sin embargo, si vieras, como desgraciadamente una vez vi, hundirse a alguien en ellas, sentirías escalofríos. Corrí cuanto pude, pero llegué tarde. Esas sucias arenas viscosas son muy voraces, tienen mucha hambre, y en un santiamén devoran a quien pillan. Se oyen gritos por espacio de un minuto, luego unas manos engarfiadas que intentan en vano asirse a algo, y, por fin, nada. Las arenas no se mueven ya. Es la mejor de las tumbas.

—Tu carácter es extraño, español. Te burlas de las supersticiones, te ríes de los fantasmas, y ahora de las arenas...

—Porque, buscándole explicación, todo la tiene. La misma superstición hace que la goleta del capitán Kidd sigue navegando con él al timón, ¿en qué ha quedado? Tú pilotas la goleta. Y tú eres el presunto fantasma. Y en cuanto a las arenas, me río de ellas, porque le conozco los trucos. Las desprecio.

—Conociendo el camino por el cual se pasa sólido puedes reírte, pero el paraje es siniestro.

—¿Es que para ti existen cosas siniestras, tú que juegas con lo siniestro y haces burla de quien fue tu padre?..

—¡Cuidado, español!—rezongó Jonah Kidd.

—Ya lo tengo — dijo calmosamente Zarzales—. ¿No ves que estoy alerta? Viajar en tu compañía no es ninguna garantía. Tienes impreso en el rostro todo el estigma de las bajas pasiones. Si hasta ahora te di la espalda, es porque sabía que, acuciado por el afán de llegar al lugar donde se halla el tesoro, mi vida te parece preciosa. Pero ¿es que realmente creías que yo te iba a servir de guía? Valgo mucho yo para desempeñar tan mísero cometido

Jonah Kidd, interiormente bullendo de ira, agradeció que la penumbra no revelara su congestionado rostro. Dijo a su voz entonación jocosa, para manifestar:

—No habas en serio, capitán Zarzales. He notado que eres amante de la broma.

—Mucho. Pero contigo se ha acabado ya la broma.

—Escucha, español: si por lo que me sé tienes animosidad contra mí, deseas valorar en más tu ayuda, dímelo. Sin ambages, que para eso somos aventureros. La situación es clara: tú conoces el secreto sendero que permite atravesar estas arenas movedizas sin riesgo de perder la vida, y conoces gruta subterránea donde mi padre enterró el tesoro. Pero está enterrado en sitio que sólo yo sé. Tú, por más que excavaras, y aunque llegaras al centro de la tierra, no lo hallarías. Mi padre era en extremo ingenioso. Vayamos pues a medias: tú me conduces, o, si lo profieres, me dibujas el camino, que luego contigo recorreré, y, llegados a tu gruta, yo te podré indicar el emplazamiento del tesoro.

—Si tan ingenioso era el capitán Kidd, ¿por qué a quien confió la tarea de esconder el tesoro no le enseñó también el camino entre las arenas movedizas?

—De la gruta en las arenas movedizas, al noroeste de Latacunga, me habló uno de sus antiguos marinos. Era ya muy viejo y cansino al hablar. No pudo explicarme el camino, porque decía que sólo lo podría recorrer por su pie y orientándose. No supo dibujarlo, por más intentos que hizo. Se extraviaba en el pergamino. Lo encontré en un puerto antillano...

—¿Por qué no lo trajiste contigo?

—Murió al doblar el Cabo de Hornos.

—Entonces, sólo yo puedo conducirle a la gruta.

—Esta noche, sí. No valores en demasiado tu ayuda, porque

quizá en otro puerto, o por esos alrededores, encontrara quien allá me lleve.

—Búscalo, pues.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo. Da media vuelta y que te maten en otra parte.

—¿Estás loco? Medita...—Y afanosamente tendió Jonah Kidd la descomunal zarpa diestra engarabitada. — Oro... Mucho oro que compartiremos tú y yo.

—Me eres profundamente antipático, Jonah Kidd, porque explotas el macabro pasado del que, por haberte engendrado, merecería, al menos por tu parte, reposo ya muerto. Has revivido su imagen amenazadora, capitaneando goleta en todo idéntica a la suya. Y vas, como hiena hambrienta, tras oro manchado de sangre. ¡Abur, Jonah Kidd! ¡Sígueme si eres hombre!

Cuando el hijo del capitán Kidd reaccionó, ya Frasco Zarzales, encabritando su montura y lanzándola a vivo trote, doblaba un recodo del barranco, y su silueta se perdió.

Resultaban, pues, inútiles las estentóreas voces delatando asombro del inglés, que gritaba:

—¡Volved, capitán Zarzales, volved! ¡Tres cuartas partes para vos.

Al pasar varios minutos, y sólo oírse el rugido de la borrasca, Jonah Kidd desistió.

Estaba poseído por una cólera frenética, que en paroxismo máximo contraía como en convulsión demoníaca su ancho rostro. ¡Aquel español habíase burlado de él!

Le había hecho escarnio, conduciéndolo al borde de las arenas movedizas... ¿Acaso habría adivinado que la intención del que le prometía compartir el tesoro era, matarlo, después de averiguar el camino? No podía habedlo adivinado...

Y, de pronto, Jonah Kidd imprecó furioso. No podía ser que un aventurero desdeñase una fortuna, y sobre todo un aventurero que era cómplice de un bandido con la cabeza a precio... Por lo tanto, sólo era posible imaginar la razón de aquella negativa basándola en que Frasco Zarzales había encontrado el tesoro.

Debatíase Jonah Kidd en cábalas. Si había encontrado el tesoro, ¿por qué seguía entre las arenas movedizas, en vez de disfrutarla lejos, en placentera comarca y en palacios?..

Cuando, tal como les citó, llegaron sus dos "pingüinos", Jonah Kidd, que les salió al encuentro, fue lacónico:

—¿Aquel incendio de la loma?

—Tierra rasa, capitán—replicó Edward Rayburns—. Con los hombres que había dentro.

—Bien. Los dos vais a estudiar a fondo estas rocas. Quien pretenda entrar o salir de las arenas movedizas, lo haréis prisionero, y aguardaréis mi regreso con los compañeros. Fijaos bien en lo que os digo: me respondéis de que hasta mi regreso nadie entrará ni saldrá en esas malditas y sucias arenas.

Y dejando tras él a los dos piratas, Jonah Kidd, a caballo, partió en dirección opuesta a las arenas movedizas. Sabía que no había hombres más expertos en emboscadas traidoras que Edward Rayburns y Jackie Lobster, los dos forzudos y viejos asesinos.

* * *

Gastón d'Arsonval se puso en pie con cierta reticencia, cuando percibió en la entrada de la gruta el característico ruido de unos cascos de caballo,

Al otro lado del rastrillo, el amistoso prisionero, Diego Lucientes, intentó una chanza animosa:

—Valor, d'Arsonval. Un fantasma a caballo siempre resultará más vulnerable que uno a pie.

Sonó un tenue silbido, y Gastón d'Arsonval pareció desprenderse del imaginario peso que encorvaba sus recias espaldas.

—Es el capitán Zarzales—anunció, casi con orgullo.

Frasco Zarzales, con su exótica y varonil apostura, al aparecer ante los dos narradores de historietas lúgubres, pareció disipar la atmósfera de miasmas aterradores.

Y también pareció adivinar el reciente pánico. Rió.

—Dos hombres avezados a todos los peligros, que serían capaces de arrastrar por el rabo al mismísimo Diablo, y no obstante temerosos de lo imposible: temerosos de un fantasma.

—Por eso mismo: porque es imposible —replicó Lucientes—. Por eso le tememos a lo que huela a fantasmagórico.

Explicó Zarzales, con su peculiar gracejo desenfadado, cuanto había sucedido desde su llegada al mesón, hasta su rápida despedida del hijo del capitán Kidd.

Y Gastón d'Arsonval, rodando sus saltones ojos, manifestó:

—Cuando la luz surge, todo aparece diáfano. Ahora comprendo por qué ese pirata me infundió tanto respeto. Pero ya que sé quién es, si me lo echo de nuevo a la cara, pagará con creces el susto que me dio.

Diego Lucientes sólo pensaba en la intervención de “Pañuelo Negro” y su declarado propósito de dar libertad a Carlos Lezama.

—No lo comprendo—dijo, como resumiendo una serie de pensamientos.

Frasco Zarzales le interrogó con la mirada.

—Digo que no comprendo esa extraña actitud de vuestro bandolero jefe. ¿Se propone irritar al hidalgo Lezama?

—Quizá—contestó el sevillano, con un guiño alegre.

—Pues mal le veo. Nadie se burla del hidalgo Lezama. Y hablando de todo un poco, ¿es que pensáis tenerme enjaulado el resto de mi existencia?

—Tómalo a modo de penitencia, Diego... — sonrió el sevillano —. Saldrás cuando sepas quién es “Pañuelo Negro”, porque éste mismo te lo revele.

—Tal vez le pida yo cuentas por s creencia de que puede jugar a su antojo con hombres como el hidalgo Lezama y yo.

—No te enojes, Diego. Cuando sepas quién es “Pañuelo Negro” le darás la razón. Y ahora, durmamos, compañeros. La noche ha sido agitada. Mañana amanecerá un nuevo día, y cada día trae consigo nuevas y encantadoras aventuras.

CAPITULO VIII

Los "Quemados"

Las maderas crepitaban, con siniestros quejidos, mientras las llamas iban carcomiendo con fruición voraz los muros y los enseres del mesón.

Carlos Lezama, tendidos todos los músculos, pugnaba en vano por romper el abrazo cruento de las correas con garfios con las que Jonah Kidd había reciamente rodeado sus brazos y busto, y los bramantes con que había inmovilizado sus piernas, contra el pesado y tosco escabel de ancho respaldo.

A sus pies, "Cien Chirlos" tosía sentado, recuperándose paulatinamente del reciente golpe.

El humo acre y espeso envolvía en nieblas todo el interior del ardiente mesón.

El calor hacíase ya insoportable, y el Pirata Negro, en hercúleo esfuerzo, volcóse hacia delante, cayendo de bruces.

Su hombro rozó la cadera de "Cien Chirlos", que, semiasfixiado, si bien medio recuperado, no se daba cuenta de lo sucedido. Tosía anhelosamente, con arcadas violentas.

Ferozmente, con gestos casi animales, el Pirata Negro aplicó su boca contra las cordezuelas que ataban las manos de su lugarteniente a la espalda.

Pero eran las propias cordezuelas, que "Cien Chirlos" llevaba siempre al cinto, en previsión de posible uso..., contra otros. Y las dentelladas de Lezama no lograban siquiera desgastar las recias fibras que en ligadura aseguraban las muñecas de "Cien Chirlos".

—¡A rastras!—gritó Lezama—. ¡A rastras hacia fuera!

"Cien Chirlos", ahogado de toses, no oía ni sabía a qué debíase su pesadez y su inmovilidad.

Lo comprendió Lezama, y con brutalidad hincó sus dientes en el brazo de su lugarteniente.

—¡Aviva el seso, viejo! ¡Vamos a arder como leños! ¡Despierta! ¡Arrástrate hacia la puerta!

El viejo pirata, al agudo dolor de la mordedura, gruñó... Pero seguía inconsciente de lo que ocurría, entre la niebla de la humareda del incendio.

Desesperado, Carlos Lezama comprendía que le era imposible salvar a su fiel segundo. El sí podía, dando vueltas sobre sí mismo, abandonar el mesón ardiente, aunque en la peligrosa rodada recibiera quemaduras.

Pero no podía dejar abandonado al hombre que varias veces le había salvado la vida...

Y, de pronto, un ruido extraño le hizo creer que, en preludio de agonía, oía ladridos desenfrenados...

Una masa blanca moteada de negras manchas habíase abatido encima del lugarteniente... Era “Colasa”, la perra. Alrededor de su hocico seguía la correa inmovilizando sus mandíbulas. Pero del cuello pendía rota la cuerda que la había atado al tronco del árbol.

Carlos Lezama hostigó, desesperado:

—¡Muerde, hermosa!... ¡Salva a tu amo!...

Pero los ladridos sofocados de la inteligente perra parecían expresar un lamento por sus impotentes mandíbulas...

Y Carlos Lezama vio la correa que a modo de dogal encerraba el hocico. Avanzó el busto, y su rostro rozó las largas orejas peludas del animal.

—Quieta, orejotas. —murmuró Lezama, tosiendo, y lagrimeante a efectos del humo cada vez más denso—. Quieta, preciosa... Comprende...

Y logró coger con los dientes el nudo colgante de la correa. Tiró con vigor, y, libres ya las mandíbulas, “Colasa”, con instinto certero, empezó a roer las cordezuelas que ataban al lugarteniente.

Roía dejando oír feroces gruñidos de impaciencia. Echado hacia atrás, Carlos Lezama seguía intentando liberarse. A la vez, iba repitiendo:

—Arriba, viejo... Levanta, torpón... Arriba, viejo... Levanta, torpón... Corre hacia fuera... Corre hacia fuera...

Un ladrido alegre anunció que “Cien Chirlos”, en pie, abiertas

las piernas, y tendidos los brazos, como un ciego, palpaba las nubes de humo, va libre...

En su bota, los dientes de la perra efectuaban tirones, y, casi arrastrado por ella, el lugarteniente dirigióse hacia la puerta, por donde la galerna soplaba como si pretendiera rechazar hacia el interior el fuego...

Y entonces el Pirata Negro, viendo ya salvado a su fiel segundo, fue rodando por el suelo ardiente, atado al pesado escabel... Mordieron sus ropas algunas llamas...

Pero el vigor con el cual fue rodando le hizo atravesar el quemante suelo velozmente, hasta que, sin cesar de rodar, quedó aspirando con avidez el brutal aire de la borrasca.

Y "Cien Chirlos", de pronto, pareció comprender repentinamente. Con un grito de furor abalanzóse al suelo, y sus manos forcejearon hasta liberar los garfios...

Ambos, jefe y segundo, quedaron tendidos, resoplando, chamuscados, con espaciadas toses, con las que exhalaban el humo que aun arañaba sus respectivos pulmones.

El mesón convertíase en gigantesca hoguera, a unos veinte metros. "Colasa", sentada sobra sus cuartos traseros, lamíase algunos lunares donde la llama había pelado el largo cabello rizoso...

De vez en cuando su mirada, avivada por el resplandor del fuego, posábase con evidente satisfacción en los dos hombres. Uno era el que le decía constantemente cosas buenas, y que le daba mucha comida. El otro era el que debía ser alguien muy bueno y poderoso, porque merecía las máximas atenciones de su propio dueño, que la había recogido cuando erraba hambrienta y temerosa.

—¿Qué pasó, señor?—gimió de repente "Cien Chirlos". Y se palpaba con las dos manos el cráneo vendado por el mesonero.

—Mucho y poco, guapetón—sonrió Lezama, poniéndose en pie.

Prestamente le imitó "Cien Chirlos", aunque tambaleándose. La perra demostró su regocijo saltando y ladrando. "Cien Chirlos" la miró sorprendido.

—La dejé atada y con el morro callado—manifestó, pasmado.

—Bésala, viejo—masculló Lezama—. A no ser por ella, tú y yo ardemos como dos troncos pesados. ¡Bésala, que es nuestra salvadora! Y en lo sucesivo, al que se ría de ella le parto la risa.

Podrás explicar a tus compañeros que ella, por instinto, te adivinó en peligro. Que mordió tus ligaduras, y nos salvó.

Miróse “Cien Chirlos” las muñecas magulladas, con evidentes muestras de que la rapidez de las salvadoras dentelladas no había permitido elegir y diferenciar entre carnes y cuerdas.

Lamióse las heridas, mirando con gratitud a “Colasa”, la cual meneó frenéticamente el rabo, colgante la lengua y ladeada la cabeza, como si estuviera cohibida.

Inclinóse el viejo pirata, y, levantando en sus brazos a la inteligente perra, la mantuvo contra su pecho...

—Guapa tú que has salvado el pellejo de tu amo... Y, señor, perdón te pido por haber puesto en peligro tu vida.

—¿De qué hablas, viejo? ¿Qué sandez dices?

—Tú no “rodaste” hacia fuera antes, porque... no me querías dejar ahí dentro, señor. ¡Yo soy un imbécil! Me dejé atrapar... seguramente por algún cómplice de “Pañuelo Negro”.

—Todo se reparará—gruñó Lezama, entre dientes—. El chichón que adorna tu coronilla te lo obsequió “Pañuelo Negro”.

—¡El maldito! ¡Él prendió fuego para asarnos!...

—No tal. Él quiso libertarnos... Tero ignoraba que Jonah Kidd tenía cerca suyo a dos de sus piratas. Estos dos fueron los que pretendieron asarnos.

—¡Condenados serán si los atrapo!

—¿SI?—Y palmoteó Lezama el hombro de su lugarteniente—. Vamos pues a ello. A por los caballos, primero. Dejarás bien atada a “Colasa”, de forma que no pueda escaparse. Esta vez no volverán a darnos quema... ¡Muertos, mejor que pueda decirse que dos miserable piratuchos de Kidd nos vencieron a ti y a mí!

Chamuscadas las ropas y el cabello, Lezama montó poco después a caballo, imitándole “Cien Chirlos” una vez quedó “Colasa” bien atada al mismo tronco del cual pendía la mitad de la anterior cuerda.

—El inglés, al salir del mesón con Zarzales, creyó que su idioma sólo lo entienden en Londres. Parecía imprecar... y estaba avisando a sus dos esbirros. Les ordenó la quema, y además les citó en la barrancada al Oeste. ¡Aquélla! La que corta el trágico acceso a las arenas movedizas.

“Cien Chirlos” se relamió los resecos labios, brillantes los, ojos

de combativa ferocidad.

—Entonces, señor..., ¿están allá los incendiarios que pretendieron darte muerte vil?

—Allá deben estar... y esta vez somos nosotros los que les vamos a enseñar modales. Atento, viejo... Aquellas rocas albergan asesinos. Debemos cazarlos... Pero no son pajarillos alegremente incautos. Hay que aproximarse sin ser vistos. Al salir de esta espesura, abandonaremos los caballos. Después, a rastras y con hojarasca que nos disimule, cubriremos nuestros cuerpos... Y si no los cazamos, es que nos podemos retirar a hacer calceta.

—¡No, que no, señor! Los cazaremos... y les va a doler.

—Seguro. Estamos "quemados", ¿no, guapetón? Y no me refiero a las llamas que gracias a tu perra pernos evitado, sino a la sangre que nos hierve, quemada. Mal fin les presagio a estos asesinos...

* * *

Edward Rayburns instalóse más cómodamente en la oquedad. Y giró la cabeza en varios sentidos.

—Desde aquí veo Sur y Este, Jackie.

Jackie Lobster replicó, desde la oquedad de enfrente.

—Y yo, Norte y Oeste, Edward.

—Noche en vela.

—Mañana vendrá Jonah y los otros "pingüinos".

—El tesoro es ya nuestro, cuando el jefe le meta mano al que conoce el camino de las arenas.

—Oye, Edward; ¿sabes en lo que estoy pensando?

—Tú sólo lo sabes, Jackie.

—Aquel hombre de la posada...

—¿Cuál de los tres?

—SI sentado. El que dijo llamarse José Ruiz. Tenía una cara que no se me despinta. Le vi... y no sé dónde.

—Ya se lo preguntarás en el infierno, Jackie.

Ambos guardaron silencio.

De pronto Edward Rayburns colocó, a modo de visera, sus dos manos encima las cejas, mirando al pie de las rocas.

—¿Ves algo?—inquirió Jackie Lobster.

—Aquellos dos matorrales, que me parece se han movido.

—La galerna le mueve todo, Edward.

—Posible. ¡Condenada noche!...

—Tal como estamos, nadie puede acercarse sin que le veamos, ¿Tienes las pistolas amartilladas?

—¿Para qué?

Sus voces, hablando en inglés, llegaban claras al pie de las rocas en que se escondían.

—El que se fue arenas adentro puede volver con hombres suyos. Si son más de dos, habrá que disparar...

—Jonah ordenó cogerlos prisioneros. No muertos.

—Pero matar se impone, para que no nos maten.

—Veremos cuando el momento llegue. Yo soy el que lleva la voz, Edward. ¿Eh?.. ¿No has oído?

—Sí... Un cuervo—dijo, indiferente, Edward Rayburns—. Están infestadas esas rocas de esos puercos animales. Mal sitio ése, con las arenas amarillas y glotonas. Y esos cuervos graznando...

De pronto, Jackie Lobster pataleó, frenético. También Edward Rayburns le imitó. Pero como si dos tentáculos de gigantesco pulpo les rodearan respectivamente las piernas, cayeron hacia el suelo, atraídos por el repentino ataque del Pirata Negro y “Cien Chirlos”.

Los dos “quemados” comportáronse como primitivos pitecántropos en sus ademanes, pero con científica precisión de golpeadores, que no quieren matar, sano aturdir...

Jackie Lobster, agitando los brazos desesperadamente en vanos intentos de asirse a un cuello o a un arma, vióse en el aire, cabalgando unos hombros, proyectado contra el suelo, recibiendo impactos en el estómago y en el rostro...

Trato parecido recibió Edward Rayburns... Y los dos piratas halláronse inermes, inconscientes y derribados en breves segundos...

Arrodillado, “Cien Chirlos”, resoplando con fruición, fue atando con salvaje rudeza a los dos ingleses.

En pie, Carlos Lezama fue quitándose la poca hojarasca que quedaba inserta en sus ropas...

—Otros tunantes que se creían que el inglés sólo lo entienden en Londres. Mételos en aquel hoyo, y cúbreles la boca bien. Noche de vela para ti, viejo. Antes del amanecer te mandaré a “Pencas”, a Rucio y a Juanelo. Escucha con atención. Es una historia algo complicada, pero la entenderás. Allá —y señaló Lezama hacia las arenas— se esconde Frasco Zarzales seguramente con Gastón d’Arsonval y “Pañuelo Negro”. Por allá—y señaló en dirección

opuesta—ha partido Jonah Kidd…

—¡Kidd!… — exclamó, sorprendido, “Cien Chirlos”.

—El hijo. En todo igual al padre. Ha ido a buscar refuerzos. Estos dos tenían por misión coger prisioneros a los que pasaran esta línea. Esta es la misión que tendréis vosotros cuatro. Si hay que disparar, hacedlo, sin dar a matar, por lo que a Zarzales, D’Arsonval y “Pañuelo Negro” se refiere. Lo has entendido todo guapetón?

—Todo, señor.

—Pues… buena guardia. Hasta mañana.

CAPITULO IX

Una caja de música… y una sobremesa

Humberto de Ferjus, ya despojado dé las ropas y de la máscara de “Pañuelo Negro”, que permanecían ocultos en la manta a la grupa de su montura, aminoró la marcha para dejar el caballo encerrado en la casa a ese efecto habilitada por Gastón d’Arsonval.

Poco después, y a favor de la obscuridad penetraba a pie por la floresta y el jardín posterior de la mansión del coronel Lezama. Ágilmente trepó per el muro, entrando en su habitación.

Los compases de una música de violín desparramaban por el cuarto su nítida armonía.

Miró el instrumento, adquirido en una ciudad principal de un ducado teutón. Una caja que, manteniendo abierta su tapa, emitía incansablemente varios trozos melódicos de famosas composiciones para violín.

Cerró la tapa y cesó la música. Aseguró los pequeños candados con una llave y colocó la caja en una de sus valijas. Extrajo un violín de su estuche y fue repitiendo la misma música.

Y poco a poco, llevándose de su propia inspiración, olvidóse de todo.

* * *

Mireya de Ferjus no se inquietaba en exceso cuando la ausencia de Carlos Lezama se prolongaba.

Terminaban de cenar, cuando Cheij repitió su pregunta:

—¿Es que Humberto no se alimenta más que de violín?

—Es un artista—dijo Gabriela, como significando que con ello todo estaba explicado.

—También lo fui yo—arguyó Cheij. —Pero comía… Además, toda la santa tarde rascando violines desde las doce es algo

infernal…

—Cheij—reprochó Gabriela—, esas palabras te costarán una onza.

Pero en realidad la hija de Lucientes quería significar veladamente que estaba presente la madre del "artista".

Mireya de Ferjus sonrió.

—Humberto tiene por novia la música, Cheij. Y debemos ser indulgentes con los enamorados.

Quedóse sola Mireya, y alborozada vio entrar, ya tarde, a su esposo.

—¡Carlos! Tus ropas sucias y quemadas…

—Tengo hambre, Mireya. Y tengo prisa. Dime: ¿dónde estuvo Cheij esta tarde?

—Con Gabriela. Les vi en el jardín en distintas ocasiones. No salieron de casa.

—Endemoniado asunto… Me refiero a quién puede ser "Pañuelo Negro". A propósito, tranquiliza a Gabriela. Su padre está a buen recaudo, más seguro que si anduviera libre.

Comió Lezama con su habitual apetito, pero, de pronto, dejó en el plato la tajada de pollo que estaba mordiendo…

Y, enjugándose los labios, rió silenciosamente, mirando a su esposa. Ella, acostumbrada a todo, aguardó.

Rientes los ojos, preguntó Lezama:

—¿Y Humberto?.. ¿Se ha paseado, para conocer Latacunga?

—Cheij se lamentó de que toda la santa tarde Humberto se la pasara desde el mediodía tocando música.

Rió de nuevo silenciosamente el Pirata Negro. ¡Qué absurda le parecía ahora su sospecha de que "Pañuelo Negro" pudiera ser el cobarde y afectado violinista!…

—¿Por qué ríes como un diablo pícaro, Carlos?

—Por las raras ideas que a veces se le ocurren a uno. Vete a dormir, Mireya. Es tarde. Y tengo aún que hablar con mis hombres. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Carlos…—replicó ella, levantándose y besando en la mejilla al que siguió comiendo con apetito.

Y hacía apenas unos minutos que habíase ella marchado, cuando en el comedor entró Humberto de Ferjus, más peripuesto que nunca.

—Buenas noches, conde Ferblanc— saludó, sentándose.

—Hola, señor marqués. ¿La vulgaridad de un estómago vacío os ha hecho abandonar el violín, concediéndome el honor de que me acompañéis en la vulgaridad de un condumio nocturno?

Humberto de Ferjus agitó indolentemente el blanco pañuelo de encajes que acababa de extraer de su bocamanga.

—Vuestra ironía resbala en mi indiferencia, conde Ferblanc.

Y "Pañuelo Negro" empezó a comer, con gestos remilgados,

—Quizá os moleste mi atavío, marqués. Está chamuscado y oliendo a hojarasca. Mientras termináis de cenar, a modo de sobremesa, os contaré una de esas ocurrencias que os disgustan, porque son violentas y queman la sangre.

—Os escacho con atención, conde Ferblanc.

—Iré por partes. ¿No os dais cuenta que si os empeñáis en mostraros tieso y tirante, vuestra madre no se alegrará?

—No puedo fingir hacia vos lo que no siento.

—Ni lo quiero. Tengo la esperanza de que algún día sucederá el milagro de que vos mismo me abracéis... después de lavaros el rostro de pinturas y de quitaros superfluos encajes. ¿Encajes? Es gracioso, señor marqués. Por un instante os creí todo un hombre.

—Lo soy.

—No lo dudo, pero os supuse por un instante alguien muy distinto a vos. Pero vayamos por partes... ¿Sabéis que, algo apartado de aquí, al noroeste de la ciudad, hay una comarca desértica y lóbrega que todos rehúyen?

—No conozco aún de Latacunga más que vuestra casa, señor conde.

—Que es la vuestra, señor marqués. Pues al noroeste hay una tierra arenosa, llena de malas intenciones. Y en un mesón que ahora es pavesa de cenizas me ha sucedido algo poco agradable, y por eso os lo cuento, porque os alegrará. Ya de niño, me acusasteis de ser un paladín de la violencia, un ensoberbecido y brutal pirata, orgulloso de siempre vencer y ser quien decía la última palabra.

—También vos me tildasteis de damiselo musiquitas.

—¿Habréis, sin duda, oído hablar de Aristóteles? Me place a instantes demostraros que tengo mis miajas de lecturas.

—No ignoro que sois poseedor de una práctica cultura.

—Aristóteles dijo que la virtud estaba en el justo medio. Vos y

yo somos dos extremos. ¿Por qué no intentamos ceder cada uno un poco?

—Cedí, puesto que aquí estoy, olvidando que una noche tormentosa me vapulasteis y arrojasteis de casa.

—No lo olvidáis, puesto que lo machacáis constantemente. No os oculto, Humberto, que constituís para mí una preocupación.

—¿Yo?.. ¿Una preocupación para vos? ¡Cuánto honor!...

—Vuestra ironía resbala ante mi decidido propósito de que la concordia impere pronto entre ambos. Me es duro veros así...

—Por favor, señor conde... Dejaos de sentimentalismos...

—De acuerdo.—Y tornóse dura la entonación de Lezama. —Mientras sigáis dispuesto a ser antipático, os reconozco maestro en tal empeño. Pero, por más que hagáis, no podréis evitar lo que nos une. Mi sangre late en tus venas, muchacho, y...

—¿No decíais que me ibais a contar la aventura del mesón incendiado? Quizá me inspire una melodía de arpegios llameantes.

—Inspiraos, señor marqués—sonrió acremente Lezama—. Un aventurero simpático y un pirata inglés forman un fondo ambiental. Los principales actores somos yo y un bandolero extraño. Hay comparsas: dos piratas asesinos y un mesonero estrangulado. Arde el mesón, y un animal irrumpe, salvando a dos prisioneros. Uno de los prisioneros era yo. El otro, mi lugarteniente, vuestro padrino, que aun no os he dado la bienvenida.

—Interesante. Podrá servirme. Como título, ¿cuál sugerís?

—Quizá... podáis elegir el de “Arenas movedizas”.

—No veo la relación.

—Mucha. Es un símbolo. Todo parece convertirse para mí en arenas movedizas desde que mis pies tantean el resbaladizo sendero que sigo tras la pista de un misterioso bandido. Deja como muestra un pañuelo como el vuestro, con muchos encajes, sólo que negros. Me dijeron que era de mi familia, en la que englobo a todos los del “Aquilón". Y dejadme reír... Por un instante abrigué la esperanza de que el tal bandolero fuerais vos...

—No creo que haya de resultar muy difícil enmascararse...

—Para vos, mucho, señor marqués. El caso es que “Pañuelo Negro”, espada en mano, me hizo el honor de demostrarme que recibió buenas lecciones, que no eran precisamente de violín. Después... el pirata inglés le ayudó, y me vi forzosamente sentado y

prisionero. Tuve una agradable conversación a solas con “Pañuelo Negro”. ¿No os gusta la narración? ¿Os dais cuenta? Todo mi orgullo humillado por un bandolero misterioso, que me anunció el propósito de concederme magnánima libertad. Y cuando en la conversación surgió vuestro nombre, no pude menos que reír, al sugerirme el bandolero que vos podíais ser él. ¿No resulta risible?

—Mucho. Resulta risible que vos prefirierais que, en vez de artista, fuera yo un bandolero vulgar.

—No tan vulgar, querido señor marqués. Me hizo prisionero. Pero ignoraba que iba a arder el mesón conmigo dentro. Si me salvé, fue gracias a un animal. Ya veis: los animales, entre sí, se ayudan. Pero lo más gracioso es que, viniendo hacia acá, pensaba en vos. Sois extraño, Humberto. Casi un niño, parecéis un viejo. No hay calor en vos. Sois frío y antipático... No obstante, fuisteis hombre, y agradable, hablando con Gabriela, vuestra musa inspiradora. Pensé que pedíais tener una doble, personalidad. Pero, al igual que en otra ocasión, y también por noche tormentosa, vos... estabais tocando el violín! No podéis, pues, ser “Pañuelo Negro”, y lo lamento.

—Defraudaros de nuevo constituyo para mí un placer.

—Y para mí será un placer el día en que os vea tal como sois, porque, por más que os esforcéis, mi sangre hablará en vos.

—Me he disciplinado recordando vuestro látigo, y mal os pese, de padre como vos salió hijo artista y detestando toda violencia. Esta sobremesa se prolonga en exceso, señor conde. ¿Me dais venia para retirarme a dormir?

—Estáis en vuestra casa, marqués... Ha terminado la sobremesa. Y ahora, ¡escúchame!—Y asestó Lezama un puñetazo encima de la mesa. —Haz conmigo lo que te venga en gana. Pero vigila tus pasos. Si persistes en ser un botarate presuntuoso, afectando superioridad intelectual y demás monsergas..., allá tú. Pero a la menor pena que causes a tu madre..., ¡olerás de nuevo el látigo!

Humberto de Ferjus sonrió desdeñoso, ya en pie.

—Este sois vos, señor. Y no el que pacientemente adopta aires paternales. Os prefiero así. Pero como da la casualidad que mi madre posee unos ojos hermosísimos que no quiero se empañen en lágrimas por nuestra mutua culpa, al ser de caracteres opuestos e irreconciliables, trataré de soportaros.

—¡Albricias!—dijo, de nuevo bienhumorado, Carlos Lezama—. Señor marqués, a instantes dejáis de ser un afectado maniquí..., y es que, a vuestro pesar, ¡tenéis mi sangre! Pero dejémonos de sentimentalismos, como me repetís incesantemente; y en espera de mejores tiempos, siga entre nosotros la mutua paciencia. Y ahora, ¿tenéis la bondad de hacerme un favor?

—Estoy a vuestra disposición.

—Advertid a mis tres valientes que actúan de dignos servidores de vuestro hogar que les estoy esperando, porque ha de continuar la romanza de las "Arenas Movedizas"... Ved si os inspiran buena música las aventuras de los demás, hasta el día en que vuestras propias aventuras me inspiren a mí alegre música sin arcos ni cuerdas. Una música de honda raigambre, porque brotará de mi corazón de padre. Lo siento, señor marqués, pero por más que os esforcéis... ¡no me sois antipático! ¿Sabéis por qué?

—Ardo en deseos de saberlo, señor conde.

—Porque sois muy joven..., y, sin quererlo, no podéis dominar del todo vuestros, ojos... Y a ratos hay en ellos luces extrañas... Yo las percibo. Son brillantes como rápidos relámpagos... Expresan triunfal satisfacción... No lo dudéis, señor marqués de Ferjus. ¡Vos y yo, mal os pese, tenemos la misma sangre! Y al igual que sé que con "Pañuelo Negro" sabré resolver este amistoso duelo que sostenemos.., ¡también el nuestro, entre vos y yo, se resolverá!

Por un instante, como si la cálida cordialidad del Pirata Negro estuviera a punto de vencerle, Humberto de Ferjus permaneció vacilante.

Carlos Lezama, esperanzado, púsose en pie...

Pero ya, recuperándose, Humberto de Ferjus encaminóse hacia el umbral, desde donde dijo:

—Avisaré a vuestros hombres, señor conde. Y os deseo que sepáis resolver esta sinfonía de sangre que tituláis "Arenas Movedizas", porque no en balde sois el "Brujo del Mar".

El Pirata Negro volvió a sentarse, y, acariciándose con el meñique el fino bigote, sonrió.

—No está mal, muchacho—aprobó—. Muchos calificativos me han concedido. Nunca me oí éste.

—Soy yo el autor. Compuse con este título melodía que tendré el honor de interpretar ante un selecto auditorio reunido en el Teatro

Real de Latacunga. Vos sois el protagonista. Vos sois el Brujo del Mar.., y añadiré unas notas nuevas…sobre el Fantasma Pirata. ¿Tendré el honor de que la oigáis?

—Cierto. Me agradará. ¿Cuándo?

—Os enviaré notificación personal y privilegiada. Buenas noches, señor conde.

—Abur, muchacho.

Salió Humberto de Ferjus, y Carlos Lezama, sentado, tendió las piernas hasta colocarlas encima de la mesa.

Había algo en lo que había dicho Humberto… Algo que, como una nota falsa, parecía revelar un misterio… Frunció Lezama las cejas. Sí, su instinto le advertía que Humberto de Ferjus había dicho algo muy revelador.

Y, de pronto, el Pirata Negro rió en mueca alegre.

—¡Tate!… ¿Y cómo mil diablos podía este mozo saber que el fantasma del capitán Kidd estaba en el mesón? Nada le dije yo de ello, ni nadie sabe aquí que el supuesto fantasma de Kidd ronda las arenas movedizas… Y bien claro dijo él que añadiría unas notas sobre el Pirata Fantasma. Bah. Será simple coincidencia… Él estuvo todo el tiempo aquí… Y su alusión al Pirata Fantasma tendrá el mismo valor musical que su calificativo de Brujo del Mar… Meras zarandajas musicales… No veas imposibles, querido —se amonestó —. Lo que urge es que demuestres que mereces ser el inspirador de la melodía de. “El Brujo del Mar”.


EDH